

ZORRO BLANCO



LIBERATE ME

Liberate me

Zorro Blanco

Créditos

Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente, así como transmitido o distribuido o publicado en su versión electrónica, sin el previo permiso escrito del autor, que publica la presente obra en modalidad de autoedición.

Portada basada en imagen de Imagen de [intographics](#) en [Pixabay](#).

© 2017 Zorro Blanco

Todos los derechos reservados.

*A la juventud,
¡ese divino tesoro!*

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[Guía de personajes](#)

1

Hola, soy Claudine y esta es mi historia...

Hace aproximadamente un año que mi único hijo, René, se vino a vivir conmigo tras divorciarse de su mujer Desirée. No entendí qué les pasó, hacían tan buena pareja que cuando me lo dijo no podía creerlo. Más tarde me enteré del porqué de su separación porque ella misma me lo contó, confirmando mis sospechas.

Al principio me dio mucha pena por ellos, porque se llevaban tan bien, pero a mi edad sabía que estas cosas pasaban, tras seis años de matrimonio su relación pasó por altibajos, como todas, pero esta se fue deteriorando hasta llegar al inevitable final.

Los primeros días me costó adaptarme a tenerlo en casa, pues estaba ya muy hecha a vivir sola y verlo en casa en calzoncillos con el torso descubierto me daba cierto pudor. Así como al salir de la ducha e ir a vestirme a mi cuarto, había perdido la costumbre de cerrar la puerta, lo que provocó algún encuentro inesperado mientras él pasaba por el pasillo y yo me estaba vistiendo. O igual estaba arreglándome para salir en el baño y él entraba y como si tal cosa se ponía a hacer pis, lo que me incomodaba, pues soy de naturaleza tímida y reservada.

René llevaba en paro ya más de dos años y estaba deprimido, casi no comía y se pasaba todo el día en el gimnasio o en su habitación, viendo videos en el ordenador.

Por las noches, la escena se repetía, se levantaba de la cena y se metía en su cuarto. Yo me quedaba viendo un poco la tele y luego me iba a acostar. A los pocos días de llegar empecé a oír los gemidos, al principio eran casi imperceptibles, pero poco a poco se fue confiando y terminé por escuchar los vídeos que veía. ¡Todos porno!

Horrorizaba escuchaba como seguía viendo este tipo de contenido hasta la madrugada, tuve que comprarme tapones para los oídos para poder dormir y a la semana me senté con él y le dije que no podía seguir así, ¡yo tenía que dormir!

—René, tenemos que hablar —le dije sentándome con él en el salón una noche.

—Bueno pues dime.

—Es que verás, por las noches oigo los vídeos que ves en el ordenador y no puedo dormir.

—¡Oh, lo siento madre, es que a veces me quedo dormido y siguen reproduciéndose! —dijo el excusándose.

—Pues ten más cuidado por favor, además me da vergüenza que la vecina pueda oírlos también, tú ya me entiendes —le dije en referencia al contenido de estos.

—Bueno, ¡esa vieja lo mismo se pone cachonda! —me soltó escandalizándose.

—¡Cariño, esa vieja es mi vecina desde siempre y tiene mí misma edad! —dije yo horrorizada—. Que luego me tengo que cruzar con ella en el portal.

Él se quedó callado y luego asintió.

—Está bien, tendré más cuidado con el volumen.

Yo me quedé más tranquila pensando que todo se resolvería, así que decidí interesarme por qué veía tantos vídeos “de esos”. Pero entonces él reaccionó de forma airada.

—¡Los veo porque me da la gana! ¡Que ya soy mayorcito!

—Está bien René, sólo lo decía porque hombre entiendo que veas alguno de vez en cuando ahora que estás solo pero tanto rato y todos los días —especifiqué.

—¡Pues bueno, compraré unos auriculares y así no te molestaré! ¡Contenta! —dijo visiblemente enfadado.

A continuación, se levantó y se metió en su cuarto.

Yo creía que ya estaba arreglado y en parte esa noche bajó el volumen, pero en el silencio nocturno yo podía seguir oyendo de vez en cuando un gemido y esto terminó por perturbar mi descanso.

De repente me noté excitada, hacía años que no sentía algo así, desde que falleció mi marido fatalmente me había consagrado a ayudar a los demás y a trabajar limpiando la casa de los novicios y casi sin darme cuenta me había ido desentendiendo de esa parte de mí.

Además, a mis cincuenta y cuatro años la menopausia me había llegado tempranamente y mi apetito sexual prácticamente era nulo. Hasta esa noche...

Suavemente me exploré con mis dedos bajo mis bragas y descubrí mi

incipiente lubricación entre mis labios arrugados. Metida entre las sábanas profundicé entre mis surcos con mis yemas y el fluido se extendió por mi surco como por arte de magia. Y a ni me acordaba de la última vez que me había masturbado, pero aquella madrugada me descubrí, como una adolescente que se entrega al placer sin prisas, pero sin pausa.

Mis dedos entraban y salían de mí con fluidez, tremendamente lubricada terminé por quitarme las bragas y me entregué al goce y al disfrute, mientras con una mano me penetraba con dos de ellos, con la otra me frotaba el clítoris en círculos y frenéticamente a ratos, hasta aproximarme al clímax, entonces paraba y me relajaba, para a continuación acelerar el ritmo y acercarme una vez más al exquisito placer.

No sé el tiempo que estuve entregada a mi cuerpo, pero sé que fue mucho, extenuada y cansada me corrí sintiendo que los fluidos me corrían por los muslos mientras todo mi cuerpo, hasta la última fibra temblaba.

Por la mañana me descubrí en medio de un charco de fluidos, algo que ya tampoco recordaba que me pasase, pero que efectivamente, en los orgasmos más intensos conseguía.

Un poco avergonzada tiré las sábanas al suelo y me duché. René no se levantaba hasta el mediodía, así que no me lo encontré por el pasillo. Me horrorizaba que me hubiese podido oír, pues sé que cuando me corro profiero toda clase de gemidos y alaridos que trato de contener pero que escapan de mi garganta.

2

Ese día estaba en el comedor social, tras limpiar en la casa de los novicios y me horrorizaba a mí misma recordando el placer disfrutado durante la noche. Le servía comida a aquella gente y pensaba si con alguno de ellos podría darme un revolcón, y sin poder creer mis tentaciones intentaba por todos los medios sonreír cuando el padre Fabián se acercó a mí por detrás dándome un buen susto, que traté de disimular.

—¡Oh padre, no le había oído!

—Lo siento Claudine, no quería asustarla —sonrió el padre.

Era un hombre joven de unos treinta y cinco años, más o menos de la edad de mi hijo. Le gustaba pasarse a la hora de comer y charlar con la gente, por ver si podía ayudar a alguno de los que, cada día, venían a comer.

—¿Cómo va hoy el reparto? —se interesó.

— ¡Bien, bien padre, creo que habrá suficiente comida para todos ellos!

—Estupendo Claudine, es usted una excelente cocinera, no paran de decírmelo todo con el que me siento a charlar.

—¡Oh gracias padre! —sonreí, sintiéndome gozosa de la obra que hacía.

Entonces su perfume me llegó hasta dentro de mi nariz y descubrí que me encantaba su colonia. Traté de disimularlo, como si él pudiese notarlo y aliviada vi como seguía por la cadena de reparto, charlando con las voluntarias que la asistíamos.

Aquella noche al volver a casa me encontré a René tirado en el sofá sin camiseta y en calzoncillos.

—¡Pero René, te importaría ponerte algo más apropiado! —dije yo protestando por su inadecuada indumentaria.

—¡Es que acabo de llegar del gimnasio y tengo calor! —protestó de mal humor.

—¡Bueno pues dúchate! —le dije yo también levantando la voz.

—¡Está bien! ¡Qué asco de vida! —exclamó levantándose y encaminándose hacia su cuarto.

Olía a un sudor intenso y pegajoso que me provocó repulsión al notarlo pasar frente a mí. No hacía otra cosa que deporte y ver vídeos guarros, definitivamente aquello tenía que cambiar —me dije para mis adentros.

Mientras se duchaba preparé la cena y cuando terminó, más adecentado se presentó para cenar.

—¿Te importa esperar diez minutos a que me duche yo?

—Bueno, no espero mientras viendo los deportes —me dijo ya más calmado.

Pasé a la ducha y me relajé en ella, mientras el agua caía por mi cuerpo me descubrí frotándome la piel sensualmente y pensé en la noche anterior. Aunque fue solo un momento luego salí y me sequé para no hacerlo esperar mucho.

Nos sentamos y cenamos en familia, me gustaba esta parte de nuestra vida juntos, pues odiaba llegara casa y cenar sola.

—¿Qué tal el día? —me preguntó René.

—Bien, hoy hemos tenido mucha gente en el comedor y hemos hecho un montón de comida. Luego ha tocado fregar y nos han dado las tantas como ves.

—De no ser por ti, yo podría estar en esa fila —se lamentó.

—Bueno René, ya te saldrá algo —le dije intentando animarlo.

—No sé, qué quiero hacer con mi vida.

Me dolía verlo tan decaído y traté de animarlo.

—¿Y en el gimnasio, has conocido a alguien? Tal vez te viniese bien comenzar otra relación, ¿no crees?

—¡No, aún es pronto para eso! —dijo muy acelerado.

—¿Pero por qué?

—Pues porque aún no me siento preparado.

Callé un momento y lo dejé sosegar, se había puesto muy nervioso por mi pregunta y me extrañó esa relación tan airada.

—Si no quieres no me lo cuentes, pero ¿qué falló entre Desirée y tú?

—Bueno, sin trabajo, empezó a decir que no hacía nada todo el día, tirado en el sofá y se cansó —sentenció.

Pensé en sus palabras y efectivamente era posible que eso minase la relación, yo sabía de lo que hablaba, lo había escuchado en boca de muchos hombres en el comedor social.

—Sabes, hoy he estado hablando con el padre Fabián. Tal vez podría

decirle que te ayudase a encontrar algo, ¿lo aceptarías?

—Si, ya puestos, no tengo nada que perder.

Seguimos charlando mientras comíamos.

—El padre Fabián, es muy guapo, la verdad es que tuvo que serle difícil renunciar a una vida en pareja y hacer el voto de celibato —dije yo recordando su colonia.

—No tiene porqué, a veces el sexo no es tan maravilloso como lo pintan —respondió René para mi sorpresa.

—¿No, por qué lo dices?

—¡Ah no, por nada, bueno es que mantener una relación es complicado a veces! —dijo muy apurado por mi interés.

—Si te molestan mis preguntas dímelo, no quiero incomodarte —le dije para tranquilizarlo.

René se lo pensó y algo dentro de él pareció tirarle de la lengua y forzarle a hablar.

—Verás, es que cuando empecé a estar en paro no podía pensar en otra cosa que no fuese sexo, sexo a todas horas y Desirée no quería dármelo, eso minó nuestra relación.

—¡Oh vaya, no tenía ni idea! —dije sin pensar.

—Bueno es normal, tú tenías tiempo libre, pero ella trabajaba y estaría cansada.

—Si, supongo que era así.

Y tras esta conversación quitamos la mesa y como cada noche se encerró en su cuarto a ver porno.

3

Al día siguiente no me tocaba comedor, así que aproveché para limpiar el cuarto de René cuando éste se fue al gimnasio. Olía mal, le cambié las sábanas y limpié bajo la cama. Pero no hallé pistas que denotasen una masturbación, algo que cuando era adolescente era normal ver, como un clínex arrugado bajo la cama o una gotita seca en las sábanas.

No sé, simplemente me pareció un poco extraño. Pero tampoco le di mayor importancia.

Cuando me hallaba limpiando el teclado del ordenador, al mover el ratón la pantalla se encendió. No sé por qué lo hizo, pues no tengo mucha idea de informática, pero al encenderse en pantalla apareció un vídeo de los que veía, con el símbolo de pause, formado por dos palitos paralelos, como los de los antiguos reproductores de VHS que yo conocía.

La escena era truculenta, un sexo femenino era atravesado por una gruesa verga en un plano muy cercano. Me quedé tan impactada que durante unos segundos no supe reaccionar.

Luego mi mano se posó sobre el ratón y torpemente moví la flechita hacia el símbolo de pausa y le di al botón.

Para mi sorpresa los altavoces saltaron y comenzaron a oírse gemidos mientras la escena se animaba y la verga entraba y salía de aquel sexo en un plano donde sólo se veían ambos sexos copulando.

Luego se aceleró y cambió el plano. Ahora se veía el vientre de ella y él entre sus piernas, y como la investía rápidamente. Presentí que se aproximaba el final y me sorprendió el zafio final, una descarga de esperma en el vientre de la chica, mientras esta gemía y se contoneaba bajo él me revolvió por dentro. ¡Qué asco! —pensé.

Pero lo cierto es que la escena despertó mi curiosidad y moviendo el ratón pinché en otra ventanita donde salía otra pareja. Allí se abrió otra tórrida escena sexual y está la vi al completo. Una fornicación visceral de una mujer morena, parecida a mí, pero con las tetas operadas, siendo embestida por un chico más joven que ella. Entonces pensé que ella podía ser yo y él, ¡el padre Fabián!

Escandalizada tragué saliva y seguí viendo la fornicación, mientras

inadvertidamente separaba mis muslos y una de mis manos se colaba bajo el elástico de mis bragas. Reclinándome sobre el respaldo me comencé a acariciar la raja mientras veía la escena pornográfica y obscenamente mi mente se imaginaba guarradas donde yo no salía muy bien parada.

Pero entretanto, mi hijo René había vuelto y sin yo darme cuenta me observaba desde la entrada de su cuarto. Tal vez se quedó tan atónito como yo descubrí levemente su sombra reflejada en una parte oscura del monitor de ordenador.

—¡Oh René! ¡Qué susto! —dije cerrando las piernas y tratando de recomponerme.

—¡Oh, yo es que volví del gimnasio! —dijo él muy azorado mirando al suelo tratando de no fijarse en mí.

—Verás es que el ordenador se ha encendido, ¡ya sé que parecerá una locura, pero yo no he pulsado el botón de encendido!

—Bueno sí, es que estaba “suspendido” ... —afirmó él terminando de confundirme.

—¿Suspendido?

—Si, es que cuando está suspendido, basta tocar una tecla o incluso mover el ratón para que se arranque solo, por eso ha pasado... —carraspeó.

—¡Oh qué vergüenza hijo, es que vi eso en la pantalla y comenzó a moverse, ¡solo! —mentí para ocultar mis vergüenzas.

René se quedó mirándome, inescrutablemente su mirada se cruzó con la mía y me hizo bajarla al suelo.

—Bueno no pasa nada mamá, ¿te ha gustado?

—¡Cómo dices! ¡Bueno, yo solo trataba de apagarlo! —reí nerviosa.

—¡No mientas! Te he visto, te estabas masturbando —me corrigió en tono algo brusco.

Finalmente tuve que admitir la evidencia.

—Bueno hijo, tal vez lo que he visto me ha provocado algo, lo admito.

—¿Te ha puesto cachonda? ¡Cuéntamelo, quiero que me lo cuentes! —insistió.

—Pero hijo, ¿cómo voy a contarte a ti algo así? —dije avergonzada e intenté levantarme para marcharme cuando él se puso frente a mí y se agarró a los reposabrazos de la silla donde me sentaba bloqueando me el

paso.

—Se sincera conmigo, no me importa que veas mis videos, pero al menos confiésame que te ha gustado.

Me dijo dejándome pasmada frente a él. Luego apartó sus brazos y muy colorada abandoné su cuarto llevándome las cosas de limpieza.

4

Aquella misma noche la cena fue un poco tensa y al final decidí preguntarle por sus videos.

—René, verás, no me importa que veas esos videos, pero lo que se ve en ellos es demasiado obsceno para estar todo el día viéndolos, no tiene que ser sano, ¿no te parece?

—¿Por qué? A mí me gustan —me dijo mientras tomaba un bocado—. Me gusta la estética del porno, ¿sabes? Ellas depiladas, ellos musculosos, haciéndolo frente a la cámara, desnudos y con sus cuerpos depilados. ¿No te parece atractivo?

—¡Pues bueno... pero es demasiado explícito pienso yo! —dije nerviosa.

—Ya, pero te gustó esta mañana, si no, no te habrías masturbado delante de ellos, ¿verdad?

—¡No me lo recuerdes René! ¡Qué vergüenza!

—No es vergüenza, es represión de tus deseos madre. Te reprimes y por eso te da vergüenza admitir que te gusta el porno como a mí, por eso te decía que no me mientas hoy.

—Bueno, tal vez me hayan gustado tus vídeos, ¡lo admito! —dije al fin sintiéndome como una tonta.

Entonces él se ríe.

—¿Tú te masturbas viéndolos?

René asintió.

—¿Todas las noches? —insistí.

Volvió a asentir con la cabeza por respuesta.

—¿Y no te cansas?

René se encogió de hombros.

—De momento no, tú si quieres puedes verlos cuando no esté, si cierras la puerta prometo no entrar hasta que salgas.

—¡Oh hijo, por favor, qué cosas tienes! —exclamé sonrojándome.

—Admite tu naturaleza sexual madre, aún estás viva, ¿no?

Entonces se levantó y se metió en su cuarto, mientras yo me quedé pensativa. Lo cierto es que sus palabras eran perturbadoras.

Aquella noche al acostarme oí claramente los gemidos y los sonidos del

porno, creo que le muy cabrito lo hizo a propósito para que yo lo oyera, y fruto de eso, me desvelé.

5

Al día siguiente vino a verme una amiga y tomamos café en el salón, cuando René entró. Venía del gimnasio y tenía calor, pues venía con la camiseta quitada y echada al hombro mientras bebía agua de un botellín.

Saludó y pasó delante nuestra sin decir nada más. Mi amiga se quedó pasmada, tanto como yo.

Pude oler su sudor al pasar, intenso y penetrante. Hoy no me dio asco, sino vergüenza, pues mi amiga estaba allí conmigo.

—¡Bueno, por donde íbamos! —dije yo tratando de disimular.

Faustine rio nerviosa frente a mí. Sus mofletes se sonrojaron y supe que la visión de René, con su torso desnudo y sudoroso, viniendo del gimnasio le había afectado.

—¿Has visto tu hijo Claudine? Me odiarás por esto, pero está muy bueno —afirmó en mi cara.

—Bueno Faustine, no me ofendes, admito que es guapo. ¿Te lo tirarías? —bromeé.

—¿Es que me dejarías? —reímos al unísono.

—¿Te quedas a cenar? —le propuse.

—Pues no te diría que no ni estando muerta.

Preparé la cena con Faustine y me produjo cierto morbo pensar que ella lo deseaba. Quería también ver las reacciones de René frente a ella. Faustine no se comía muchos roscos y ya casi lo tenía asumido, así que la verdad era que no me importaba que se tirase a mi hijo si con eso conseguía bajar sus hormonas.

Durante la cena Faustine no paraba de tirarle los tejos, aunque René trataba de guardar las formas en todo momento, sonriéndole cuando ella lo hacía, lo cual ocurría muy a menudo.

—Bueno René, creo que estuviste casado, ¿verdad? —preguntó Faustine.

—¡Oh sí, pero nos separamos hace seis meses!

—Ya sé que suena horroroso pero, ¿te puedo preguntar qué pasó?

—Bueno, teníamos ciertas desavenencias que fueron a más —se limitó a contestar René ante la pregunta de mi amiga.

—Pues a mí me pareces un joven adorable, —confesó Faustine—. Si te tuviese en mi cama no te dejaría escapar —añadió soltando una risotada algo escandalosa.

—¿En serio? Creo que me siento alagado entonces —dijo René caballerosamente.

Seguimos comiendo con y aunque traté de llevar la conversación por otros derroteros, ellos no me dejaron.

—¿Puedo preguntarle Faustine si no tiene nadie para compartir su cama?

—¡Oh por supuesto, aunque admito que duermo sola más de lo que una mujer como yo debería! —afirmó Faustine sensualmente.

—¡Es una pena! Porque estoy se ve una mujer muy calentita para dormir —sonrió René.

—¿En serio? Ahora creo que la alagada soy yo —sonrió Faustine—. Admito que la carne es lo mío, por eso quien duerme conmigo duerme muy calentito —insinuó.

—¡Creo que ya siento ese calorcillo! —añadió René para calentar más esa complicidad que estaba surgiendo entre ambos.

Me levanté y me dispuse a ir por el postre que había preparado: flan con nata, pues sabía que a Faustine le encantaban las golosinas.

—¿Me ayudas René? —le dije.

—¡Oh claro mamá! —dijo él muy solícito, algo realmente extraño pues no le gustaba ayudar.

—¡Yo también ayudaré! —añadió Faustine.

—¡Oh no querida, tú eres nuestra invitada, por favor espera! Te traeré un delicioso flan con nata —le dije.

—¡Oh estupendo querida, será delicioso!

Ya en la cocina traté de averiguar las intenciones de René para con mi amiga.

—¿Qué te ha parecido Faustine? ¿La encuentras atractiva de verdad?

—Bueno, no está mal, ¡ante todo tiene unas enormes tetas! —me dijo dejándome descuadrada.

—¡Oh vaya René! Te agradecería que no fueses tan sincero con tu madre —protesté mostrándome escandalizada.

—¡Vamos madre! Ya creo que estás crecida para escandalizarte. Admito que tu amiga tiene un polvo, ¿me dejarías follarla en mi cuarto?

—¡Cómo dices! —reí nerviosa.

—Que, si quieres, puedo llevarla a mi cuarto tras la cena, creo que ella aceptará mi propuesta sin pensarlo.

—¡Claro que no hijo, qué horror! —dije yo airadamente.

—¡Vamos madre! Si quieres puedes asomarte a la puerta y espiarnos mientras follamos —añadió para más vergüenza mía.

—¡René, no seas tan escatológico! Me muero de vergüenza.

—Bueno entonces tú verás lo que haces yo se lo voy a proponer —afirmó tajante.

Volvimos ante los atentos ojos de mi amiga y cuando entré me fijé en que sus ojos se iban a la bragueta de René y cuando me percaté de ello miré yo y descubrí con cierto espanto cómo su bulto era realmente patente, ¡estaba empalmado!

Creo que Faustine devoró el flan en pocos bocados, mientras que a mí me costaba tragar cada cucharada, pensando en que René atacaría.

—¡Oh Faustine, creo que yo también he acabado! ¿Me gustaría enseñarte algo, pero lo tengo en mi cuarto, me acompañarías?

—¿En tu cuarto? —preguntó Faustine mirándome con cierto escándalo—. ¡Oh vale!

Para mi asombro asintió como una colegiala y ni corta ni perezosa pasó delante de René, que le mostraba el camino.

Sin poder creerlo los vi desaparecer por la puerta del cuarto de René y sentí el vértigo del morbo y la curiosidad picándome por todos los poros de mi piel, así que me levanté y sin pensarlo me asomé por la rendija de la puerta entreabierta que me había dejado René, tal como me prometió. Lo que a continuación vi, aún me escandaliza...

Faustine se sentó mientras René se giraba hacia el escritorio estaba el ordenador y parecía buscar algo.

—Si mira lo tengo justo aquí —le dijo...

Y mientras se giraba, al tiempo desabrochaba el botón de su vaquero y llevándolo hacia abajo arrastraba sus calzoncillos descubriendo con el gesto, ¡su larga verga apuntando al suelo!

Escandalizada llevé mis manos a mi boca y tragué saliva. Faustine, extrañamente se quedó parada y luego le sonrió mirándole desde abajo.

—¡Oh qué bonita sorpresa! —dijo Faustine extendiendo su mano y acariciando la punta de su glánde flácido y colgante—. Vaya creo que no

se alegra mucho de verme, pero eso tiene arreglo —añadió.

¡Ni corta ni perezosa la tomó y conduciéndola hacia sus mofletes abrió sus pequeños labios apretados y la tragó!

¡No me lo podía creer! Yo estaba allí, espiándolos desde la puerta. Los veía de lado, con mi amiga sentada a los pies de la cama de René, este de pie frente a ella y su larga verga siendo succionada por sus labios regordetes.

Como una gatita, mi amiga comenzó a emitir unos sonidos melosos al tiempo que se la mamaba. Yo nunca había hecho algo así en los tiempos en que mi marido vivía, pues éramos una pareja clásica, como mucho le había masturbado cuando éramos novios y no teníamos sitio donde acostarnos. Pero el hecho es que me quedé embelesada ante la cierta belleza del acto, Faustine potenció su erección hasta que esta se mantuvo por si sola y separando sus labios se secó las comisuras por el exceso de saliva

Mientras éste estuvo a la vista pude admirar su brillo, tras salir de la boca de Faustine y su color rojo sangre, algo que me escandalizó un poco más si cabe, luego ella la volvió a tragar y aparentemente disfrutó mucho del acto tan obscuro como explícito.

Sin perder mucho tiempo René la detuvo y empujándola suavemente la hizo echarse hacia atrás en la cama, a continuación, metió sus manos entre sus muslos y tiró de sus grandes bragas sacándoselas por los pies aún con sus pequeños zapatos de tacón negros.

Mi amiga tenía unos muslos generosos, tremendamente rollizos y carnosos y para mi asombro vi como René se arrodillaba ante ella y mientras le mantenía las rodillas en el aire hacía desaparecer su cabeza entre las carnosas y blancas columnas de carne.

En seguida Faustine ahogó un alarido, sin duda tras sentir el íntimo contacto de la boca de René. Aunque esto no podía verlo, dadas las dimensiones de sus muslos, únicamente vi desaparecer entre ellos la pequeña cabeza de mi hijo y sólo intuir lo que allí pasaba.

Sin duda su raja debía ser tan fenomenal como su cuerpo, grande y jugosa, con grandes labios abiertos y un interior sonrosado, húmedo y cálido.

Estos pensamientos me desarmaron por completo, me sentí tan excitada que pude oler mi sexo desde arriba y sólo deslizando mi mano

entre los pliegues de mi vestido hizo que se me electrificara cada centímetro de mi piel.

Me puse en cuclillas allí mismo, sujetándome al pomo de la puerta y así tuve un mejor acceso a mi sexo, deseaba tocarme como nunca antes lo había deseado y cuando palpé mis bragas en seguida la humedad de mi raja las traspasó, empapándolas con mis abundantes jugos.

Creí desfallecer, cuando un dedo se deslizó entre mis labios vaginales tras apartar la tela húmeda de mis calientes bragas y llevándolo hasta la unión con mi ano, hice desaparecer la uña y la primera falange en mi hoyito.

La sensación fue más electrizante aun cuando lo saqué y volví a recorrer toda mi vulva con todos mis dedos, literalmente mi mano chorreó jugos vaginales como si fuese una colegiala que se toca por primera vez.

Mientras tanto la escena que contemplaba avanzaba como a cámara lenta. Mi hijo se afanó en lamer la raja de Faustine y esta se deleitó con su boca en tan delicada parte, esto me hizo desear un contacto así, algo que tampoco había disfrutado en mi vida de casada.

Luego René recuperó la verticalidad y de rodillas aún empuñó su verga y parsimoniosamente se colocó entre las columnas blancas de Faustine, pero se tomó su tiempo. Pareció jugar en la entrada de su sexo y esta se removió nerviosa ante la inminente penetración.

Cuando esta llegó Faustine respiró hondamente y expiró tan hondamente como había inspirado. Sin duda sintió su columna de carne entrar en su sexo mientras mis dedos se aceleraban acariciando mi vulva e incluso me sorprendí llevándolos tan atrás que rocé mi ajustado ojal, descubriendo un placer inusitado en este gesto. Sentí lo duro que lo tenía, me recreé en él la separación entre mi hoyito y mi ano, en lo que creo que se llama el perineo y experimenté un cierto placer al palpar el cerrado esfínter con mis yemas intentando clavar mi uña en él.

Mientras tanto René se afanaba en penetrar enérgicamente a Faustine, tanto que me pareció hasta violento, pero ella no estaba en absoluto molesta por sus brusquedades, sino más bien entregada como una endemoniada al sexo y al disfrute. Retorciéndose en la cama mientras René le descubría los pechos y con sus manos se los apretaba para endurecerle los pezones. Luego se zambulló entre sus tetas y enterró su cara entre ellas mientras se tomaba un respiro en la fornicación.

Faustine le dio de mamar con sus enormes pezones de grandes areolas y este devoró sus gordos garbanzos llevándola a la extenuación. La hembra se contrajo y sentí que se había corrido por primera vez, pero René no se detuvo y recuperó la verticalidad para de nuevo penetrarla con intensidad y así siguió haciéndolo mientras yo creía que me meaba en el suelo.

Había terminado por apoyar mis rodillas en la fría losa y mientras me sujetaba con una mano al pomo de la puerta para mantener la rendija abierta, con la otra me frotaba mi sexo sintiendo gran gozo en ello. Tanto gocé que sentí que algún fluido se escapaba de mi sexo mientras frenéticamente lo frotaba sintiendo mi excitación estallar en un mar de placer que me hizo tambalearme y agarrarme con más fuerza al pomo de aquella puerta.

Mientras tanto allí dentro la escena tocaba a su fin. René gruñó, Faustine gritó y su verga salió disparada de su sexo para frenéticamente ser agarrada por su mano musculosa y sacudida sin piedad hasta esparcir su esperma entre los muslos de Faustine.

Todo había acabado, y entonces fui consciente de que estaba sobre un charco de algo que no estaba segura si era pipí mío, ¿me había meado mientras me corría? Como digo, no podía asegurarlo en ese momento, así que corrí a buscar una toalla y mientras los amantes se recomponían me dispuse a limpiarlo.

Con tanto afán limpié que no fui consciente de que dentro Faustine tenía una urgencia y apresurándose a salir abrió la puerta sin que yo la viese y me golpeó la cabeza lanzándome contra la pared posterior en el pasillo.

—¡Oh Claudine, estabas ahí! —la oí decir sorprendida.

Creo que fui incapaz de decir nada, me dolí del golpe y avergonzada salí a rastras hacia el salón.

Ella, igual de sorprendida que yo, sintió la urgencia de la naturaleza e igualmente corrió al aseo a aliviar su vejiga.

Al salir nos encontramos en el salón.

—¡Lo siento Faustine, he estado espiándolos! —le confesé esperando su ira.

—¡Ah sí! ¿y te ha gustado? —dijo sorprendentemente Faustine mientras se ajustaba el vestido.

No podía creer lo que estaba oyendo y mientras trataba de mirarla me volví a colocar algo de hielo que había ido a buscar a la nevera en la frente.

—Tu hijo folla como los ángeles, dile que me llame cuando quiera — agregó mi amiga mientras se disponía a ponerse el abrigo para salir.

Se marchó rápidamente, como si tuviese prisa mientras yo seguía con el hielo puesto en mi maltrecha frente.

Entonces René salió de su cuarto, sin calzoncillos ni nada vi su verga de nuevo apuntar al suelo, ya en estado de relajación.

—¿Estás bien madre?

—¡Si, Faustine me ha cogido desprevenida detrás de la puerta! ¿Y no parece haberle importado? —musité nerviosa.

—Si, ha quedado complacida por el polvo —sonrió René—. ¿Y tú?

Pensé un momento mi respuesta, tal vez no debí responder, pero lo hice.

—Estás hecho un buen semental René, he de confesar que me ha gustado el espectáculo —le dije al fin.

Entonces él me sonrió y se encaminó al servicio donde le escuché aliviar también su vejiga mientras estrepitosamente su chorro caía al agua del inodoro, como una cálida cascada. Para cuando salió yo ya me había ocultado entre las sábanas de mi cama y regocijándome un rato más en el recuerdo de las calientes escenas volví a acariciar mi vulva mientras el sueño me vencía.

6

Al día siguiente volvía a estar de servicio en el comedor social y para colmo me tocó servir comida frente a Faustine. Esta me sonrió al verme y me dio dos besos como si nada y yo creo que me puse muy colorada.

—¡Oh Claudine, qué hijo tienes! Aún me acuerdo de lo que me hizo y me estremezco con sólo pensarlo.

—¡Te importa ser más discreta! —musité entre dientes mientras servía comida a los sintecho.

—¡Ya! —soltó una risotada—. Es que fue maravilloso, ¿lo entiendes? Nunca me han hecho algo así —me confesó.

—¡Muy bien querida, me alegra que te complaciera tanto! —dije mientras disimulaba.

—Desde luego tienes que hablarle de mí, quiero volver a ser suya. ¡Te daré lo que quieras! —dijo mi amiga.

En ese momento no se me ocurrió, pero luego me di cuenta de que su ofrecimiento podía ser usado por mí para algún fin particular y éste no cayó en saco roto.

Cuando terminamos nos quedamos en la cocina para limpiar, aún nos quedaban otro par de horas para lavar hoyas y por suerte poner las bandejas en una máquina que las limpiaba.

Pero primero nos servimos un café y descansamos un poco antes de continuar con la tarea. Ya no había casi nadie en la cocina así que pudimos seguir nuestra conversación.

—¿Oye Faustine? Me siento culpable por haberos espiado la otra noche —le dije—. ¿En serio que no te molestó?

—¡Oh no Claudine, imagino que todo fue tan sorpresivo que la curiosidad te mató! ¿Verdad? A mí también me hubiese pasado —dijo Faustine.

En el fondo, creo que Faustine sólo trataba de animarme con sus palabras. Tomé un sorbo del café humeante y acepté su permisividad con mi acto.

—¿Sabes, me masturbé mientras os veía? Ya no recordaba tener eso tan lubricado, ¡y creo que al final me meé y todo! —le confesé con mucha

vergüenza por mi parte.

—¡Ah sí! Eso a veces nos pasa a todas chica, creo que lo llaman eyaculación femenina.

—¿A ti te ha pasado?

—Creo que alguna vez, aunque es poco frecuente la verdad y con lo poco que practico yo pues es más raro en mi caso. Entonces, ¿eso limpiabas cuando abrí la puerta?

—Si —asentí.

—¡Oh, ¡qué inoportuna! —rio Faustine—. Es que tenía la vejiga a punto de estallar, tu hijo me la había aplastado bien antes.

—¡Oh, claro, no fue culpa tuya! —dije yo para disculparla.

En ese momento se acercó el padre Fabián y ambas nos levantamos a saludar.

—¡Buenas tardes ya señoras! —dijo afablemente.

—¡Buenas tardes padre! —respondimos al unísono.

—Hoy ha ido muy bien el servicio creo, ¿verdad?

—¡Oh si, muy bien! —respondió Faustine.

—¡Me alegre, estamos en el buen camino! —afirmó él.

—¿Padre, estará luego en la sacristía? —le pregunté yo.

—Si claro, como cada tarde antes de misa, ¿puedes pasar a verme si lo deseas?

—¡Tal vez lo haga! —reí yo.

El hecho era que me sentía culpable por lo ocurrido con mi hijo y comentarlo con su partenaire no me dejaba el alma tranquila así que se me pasó por la cabeza hablarlo con el padre Fabián ante el estupor de Faustine que lo vio venir, y aunque trató de quitarme la idea de la cabeza, no lo consiguió. Eso sí, fingí que no lo haría para no darle ese disgusto. Aunque fuese en secreto de confesión, pero por dentro estaba dispuesta a confesarme con él.

7

Cuando terminamos de fregar, me despedí de Faustine y di una vuelta a la manzana para despistarla, entrando a la sacristía donde ya sabía que Fabián estaría.

Me encontré con él en la sacristía y tras saludarnos de nuevo me acompañó al confesionario, como si intuyese que necesitaba hablar de algo.

—Verá padre —comencé tras arrodillarme a su lado—. La otra noche ocurrió algo en mi casa que me trae de cabeza.

—Muy bien hija, ¿y qué fue eso que atrapa tu alma?

—Verá, estábamos mi hijo y yo cenando con una amiga. Una buena amiga y fui partícipe de cómo se tiraban los tejos.

—Bueno, no hay nada de malo en el amor, ¿no?

—No, tiene razón. Pero es que mi hijo la invitó a su habitación delante de mí y ella aceptó.

—¡Ah, ya entiendo! —se limitó a decir Fabián.

—El caso es que no me supe resistir a la curiosidad y les expié por la puerta.

—¿Los viste hacer el amor? —preguntó el padre.

—¡Oh, sí y me sentí culpable después!

—¡Bueno hija, todos somos débiles a veces frente a la tentación!

—Ya padre, pero es que mientras veía como mi hijo lo hacía con mi amiga, fui más débil y me masturbé mientras los miraba, como una jovencita y bueno, eso ya no lo soy.

Pero esta vez el padre calló, así que proseguí con mi relato.

—Verá padre, es que bueno a veces me masturbo pues no tengo pareja como usted ya sabe. Pero esta vez, el hacerlo mientras veía a mi hijo y a mi amiga obscenamente practicando sexo creo que me hizo sentirme culpable después.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque vi cosas que yo nunca he hecho, como a mi amiga practicándole una felación a él y este devolviéndole un cunnilingus a ella y bueno, yo siempre he sido clásica en el amor, ¿me entiende?

—¡Oh si claro! Bueno esas prácticas no es que estén aprobadas, pero somos débiles en el sexo mujer.

—Por eso mientras los veía sentí envidia de ella, ¡no pensé en mi hijo de esa manera claro! Sino porque deseé que alguien me hiciese a mí lo que a ella. Incluso deseé hacer yo también una mamada a ese hombre.

—Bueno mujer la tentación de la carne es fuerte, pero debemos resistirnos a ella —me dijo el padre Fabián intentando aplacar mis ansias recordando aquel acto sexual y explícito entre mi hijo y mi amiga.

—Tiene toda la razón padre, la tentación es muy fuerte y no lo entiendo porque yo hace mucho que ya no tengo la regla y con la menopausia creí haber perdido mis apetitos, en fin, creo que le aburro con estas cosas de mujer —dije yo intentando serenarme.

—No me aburres mujer, estoy aquí para darte consejo si es que puedo. Entonces no pasó nada más esa noche.

—Bueno, básicamente ellos siguieron a lo suyo, ¡pasádoselo bomba! Y yo seguí espiándolos escondida mientras me masturbaba en cucullas, ¡qué obscenidad padre! No tendría que darle tantos detalles, ¿verdad? —dije yo escandalizada.

—No pasa nada mujer, si esos pensamientos te turban mejor compartirlos en secreto de confesión conmigo, no pasa nada.

—¡Oh padre qué comprensivo es! Le confieso que ese día tuve un orgasmo fenomenal y literalmente se me escapó un poco de líquido, creando un charco en el suelo, así que fui a limpiarlo y cuando estaba en ello va mi amiga y abre dándome con la puerta en la cabeza, ¡qué vergüenza padre! —dije recordando ese doloroso golpe que me di con la puerta.

—¡Oh vaya hija, esa noche fue movida, eh! —dijo el joven padre sonriendo.

—¡Oh si padre, a eso tuve que sumar la vergüenza de que mi amiga supiese que había mirado! Luego ella le quitó hierro al asunto y me dijo que no le había importado.

—Ciertamente tu amiga fue comprensiva con tu desliz —comentó el padre Fabián.

El confesionario donde estaba sentada no era como los de antes, únicamente estaba formado por una silla de madera que a un lado tenía un reposapiés donde la persona podía arrodillarse para hablar al lado del

padre, por lo que desde él se tenía una visión completa del confesor y se estaba muy próximo a éste.

Así, arrodillada al lado del padre Fabián, me fijé como la bragueta del pantalón oscuro que vestía, aparecía arqueada ante mí e inevitablemente pensé que esto era por la presión de su vástago interior y me alarmé mucho.

Entonces tímidamente extendí mi mano y sin que el padre se percatase a tiempo agarré su erección, confirmando mis sospechas.

—¡Padre, se ha excitado! —dije sin poder dar crédito a mis ojos.

—¡Oh hija yo no quería! —dijo él sacudiéndose con rapidez mi mano de su bragueta—. ¡Oh discúlpame! Ahora soy yo el avergonzado —dijo atropelladamente el joven padre mientras se tapaba con la chaqueta oscura la entrepierna.

—¡Oh no se preocupe padre, en el fondo todos somos humanos! —dije yo comprensiva sin dejar de pensar que a mi lado estaba aquel joven sacerdote empalmado por mi historia y esto me excitó muchísimo, pues recordé mis pensamientos mientras veía a mi hijo follar con mi amiga.

Ni corta ni perezosa volvía a coger su miembro y lo estrujé con mi mano, encontrándolo muy duro bajo el pantalón, aprisionado por sus calzoncillos y su bragueta y comencé a moverlo como por instinto.

—¡Oh hija no hagas eso! —dijo el padre Fabián sujetándome la mano.

—¡Oh padre lo siento, es que yo no he podido resistirme! En el fondo estoy tan caliente que admito que verlo excitado por mi historia me ha excitado aún más a mí.

—¡Vamos hija, si le parece demos por terminada la confesión e intentemos relajarnos ya arreglar el entuerto tomando un café, ¿le parece Claudine?

—¡Oh bueno! Como usted desee —dije yo aún turbada.

Cuando pasamos la sacristía y atravesamos una puerta que iba a un pequeño salón donde el padre hacía vida fuera de sus obligaciones me fijé en su entrepierna, ¡y seguía empalmado! Lo cual me emocionó muchísimo.

—¡Oh padre, vamos déjeme saciar mi curiosidad! —dije tirándome al suelo literalmente delante de él y abalanzándome sobre su cinturón para intentar desabrochárselo.

—¡Pero Claudine! ¡Esto no es nada correcto mujer! —dijo Fabián

sujetándome los brazos.

—¡Vamos padre! ¿No quiere que se la chupe? Nunca lo he hecho, pero deseo probarlo, ¿no lo desea usted también? —dije luchando como una posesa por mi objetivo.

Mientras forcejeábamos no podía creer lo que estaba haciendo, pero algo en mi interior me impulsaba a luchar para conseguirlo, ¡un deseo como nunca antes había experimentado!

—Vamos Claudine, ¡contrólese mujer! —dijo Fabián lanzándome hacia atrás haciendo que me cayese de culo contra el suelo.

Me quejé de dolor y esto alertó al joven padre que en seguida corrió a socorrerme.

—¡Lo siento mucho Claudine, no quería lastimarla!

—¡No se preocupe padre, soy yo la que debería pedirle disculpas! —dije sintiendo como el rubor subía por mis mejillas como si fuese una adolescente.

Fabián me ayudó a levantarme y una vez de pie me fije que su erección seguía tan patente como antes. Él me vio y se disculpó de nuevo.

—¡Mira hija, como dijiste antes soy humano y has mostrado tanta emoción en tu narración que no puedo controlarlo! Por favor sentémonos y hablemos —dijo invitándome a acercarme a un sofá de la habitación donde el padre hacía su vida.

Me acerqué tras él y me senté a su lado, sintiendo como se incomodaba ante mi acción, pero no había más sitio donde sentarse.

—¡Verás hija esto es complicado para mí! Porque siento la tentación como tú y también soy humano. No quisiera que hicieras nada de lo que arrepentirte, lo entiendes, ¿verdad?

—¡Oh si padre, no se preocupe! En el fondo creo que siempre le he deseado, es usted tan guapo. ¡Déjeme probar! ¡Deje que se la chupe! —le rogué mientras mis manos volvían a su pantalón.

El padre en ese momento pareció darse por vencido y no me impidió el acercamiento. Así que con las manos temblando por la emoción o los nervios del momento, le desabroché el cinturón y luego el pantalón, bajando su cremallera con delicadeza liberando así su erección bajo un calzoncillo igualmente negro.

Vi como su punta se asomaba por encima del elástico, así que tremendamente excitada, ¡tiré de él y la liberé! Su verga apareció ante mi

tiesa como una estaca, tambaleándose hacia los lados con su glande grande y rojo en forma de seta, lo cual me llamó enormemente la atención, pues estaba circuncidado.

Con mi mano se la agarré y la noté algo blanda, ¡así que pensé que aún podía crecer más!

Me arrodille ante Fabién y este abrió sus piernas facilitándome el paso. Muy nerviosa la introduje en mi boca sin pensar y la chupé.

Al entrar la primera sensación fue de rechazo, pues noté su olor a pipí, pero el ansia que me quemaba por dentro me hizo sentir el suficiente coraje para seguir chupándosela a pesar de ello y sentir su cálido sabor en mi boca mezclándose con mi saliva. Tras unos segundos su sabor amargo se suavizó y se transformó en un humus meloso, lo cual me llevó a querer seguir chupándosela apasionadamente, cada vez con más convicción.

—¡Oh hija, para! —dijo el padre separándome de su verga mientras me sujetaba la frente.

Pero ya era demasiado tarde, su verga comenzó a escupir leche frente a mis ojos y él padre la agarró rápidamente para sacudirla frente a mi cara mientras gruñía como un poseso.

Me quedé atónita frente al espectáculo que había desencadenado, y recibí algún daño colateral en la cara y en mi vestido con cierto horror. Pero preferí esperar a ver terminar el espectáculo de la corrida del padre, y orgullosa contemplé lo que mi boca había provocado en él.

—¡Oh Claudine, lo siento no he podido controlarme! —dijo un Fabién desolado.

—No importa hijo, ¡se ha portado usted como un verdadero macho! —dije yo divertida por el espectáculo.

Ambos habíamos recibido nuestra ración de semen, aunque los pantalones de Fabién se habían llevado la peor parte, así que me limpié mi mejilla y entonces vi que mi escote también había sido alcanzado, por lo que traté de limpiarme también la rebeca de lana que llevaba y aunque no lo conseguí del todo, al menos lo disimulé.

Infructuosamente Fabién sacó un pañuelo y trató de limpiar su pantalón, pero era tal el desastre que le recomendé que se cambiara.

Fue a un cuarto junto al salón y apareció con pantalones y calzoncillos nuevos para sentarse a mi lado.

—Bueno Claudine, ¡no sé si aún le apetece un café! —dijo con su

bonita sonrisa en los labios.

—Bueno padre la verdad es que me ha dejado usted algo “inacabada” —dije yo sintiéndome algo cursi por la palabra.

—¡Oh vaya, lo siento! Ya le he dicho que no estoy muy puesto en estas cosas...

—Bueno padre no pasa nada, ¿yo me preguntaba si usted tal vez podría corresponderme por ahí abajo? —dije haciéndole una insinuación con la mirada mientras la bajaba hacia mi falda.

—¡Oh Claudine! La verdad es que confieso que yo tampoco lo he hecho nunca, pero creo que es justo que te compense por lo que me has hecho a mí, ¡así que lo intentaré! —dijo el padre arrodillándose ante mi ahora.

Al oír sus palabras sentí de nuevo la excitación correr por mi torrente sanguíneo. Así que no tarde nada abrir mis piernas y subirme la falda para mostrarle mis bragas blancas de diario, pues no podía pensar en que lo que estaba a punto de suceder pasaría.

El padre se acercó a mi sexo mientras yo mantenía la falda de mi vestido subida. Entonces sentí su primer mordisco en mis bragas y me estremecí, pues no me esperaba un mordisco precisamente.

—¡Oh Claudine, lo siento no he podido evitar morderte ahí! —dijo Fabián ante mi sorpresa.

—¡Oh no se preocupe padre siga! —le rogué.

Luego a ese siguieron otras caricias más suaves con sus dedos por encima de mis bragas. Noté la humedad dentro de mí, ¡y deseé su lengua ahí justamente! Así que sin poder esperar me aparté las bragas y tirando de su cabeza le clavé la nariz en mi sexo.

—¡Vamos padre vamos! —gemí.

Fabián sacó su lengua y la sentí hundirse en mi raja. Estallando en un mar de éxtasis mi espalda se arqueó y me hizo sacar un poco más mi culo del sofá para darle un mejor acceso a mi sexo.

Su lengua me atravesó los labios vaginales y me lamió entera, de abajo a arriba y cuando llegó hasta mi botón secreto casi me meé en su boca.

—¡Oh padre qué maravilla, siga, siga! —grité como una fulana.

El padre se esforzó en el cunnilingus y me lamió con fruición ahí abajo, y yo me entregué al goce y al disfrute gracias a su boca, su lengua y los pelillos de su barba, gimiendo como una loca.

Fabián se mostró como un excelente comedor de coños y siguió

comiéndomelo tanto como quise, yo me dejé llevar por su lengua sobre mi sexo, sus besos sobre mi clítoris y sus manos tocándome el culo. Y casi sin darme cuenta el orgasmo me alcanzó como a él, cuando ya no fui capaz de parar, corriéndome en su boca chupadora debajo de mí, mientras me aferraba a su cabeza entre mis piernas levantadas al aire, ¡temblando de puro placer!

—¡Oh Claudine, creo que tendremos que arrepentirnos de esto que hemos hecho hoy! —se lamentó con cierta amargura.

—¡Oh padre cuanto lo siento! Yo no quería incitarlo al pecado, pero no he podido resistirme, admito que soy débil —confesé para animarlo.

—¡Yo también Claudine! Pero bueno, el señor sabrá perdonar nuestros pecados si nos arrepentimos de ellos.

—¡Eso espero! —dije mintiendo, pues la verdad es que me había encantado.

Ahora sí le acepté un café soluble, que él preparó en la pequeña cocina americana en una pared del salón mientras de reojo nos mirábamos y cruzábamos sonrisas pudorosas.

Al sentarnos de nuevo me ofreció la taza y lo tomé nerviosa, ¿de qué íbamos a hablar ahora? —pensé.

—No es necesario que hablemos si no quieres Claudine, yo no sé qué decirte la verdad —me confesó para mi alivio.

—Yo tampoco padre, esto ha pasado y ya está, no se puede cambiar —admití con cierto alivio.

—Bueno hija, tampoco te martirices por ello, yo intentaré superarlo también. Ante todo, somos dos personas que se comprenden, ¿no es cierto?

—¡Oh si padre, así me gustaría verlo! —dije yo poniendo mi mano en su rodilla, acto que a él le sorprendió.

—Está bien Claudine, si quieres confesar otro día estaré a tu disposición, ¿vale?

—¡Vale! —dije yo aliviada de los nervios iniciales tras nuestros zafios actos.

Entonces el padre vio el pañuelo en el suelo, el pañuelo manchado con su semen y lo recogió.

—Mira Claudine, si quieres llévate este pañuelo fruto del pecado que hemos cometido y lávalo para expiarlo. Me lo puedes devolver limpio y

así ambos sabremos que nuestro pecado se ha lavado, ¿te parece?

—¡Oh bueno padre, sí, me lo quedaré! —dije yo con cierta emoción por sus grandilocuentes palabras en ese momento para mí.

—¡Pues anda, puedes ir en paz hija!

—¡Está bien, padre! Adiós —dije levantándome.

Cuando salí de allí, con el pañuelo que había empañado la leche de su verga en mi bolso, me sentí aliviada. Era como haber cumplido una fantasía, sabía que el padre me había deseado igual que yo a él, pero comprendía como él que aquello no era posible, así que me conformé con haber disfrutado de cada momento vivido.

Solo me arrepentí de una cosa... ¡no habérmelo follado!

8

Los siguientes días pasaron casi desapercibidos entre la rutina diaria. Sí, volví a ver al padre Fabián e intenté devolverle su pañuelo ya limpio, pero éste cerró mi mano y me pidió que lo guardase y solamente se lo devolviese cuando estuviese segura de que necesitaba hacerlo. Sus palabras, algo enigmáticas me intrigaron un tiempo, luego supe a lo que se refería y lo guardé como me había pedido.

Mi amiga volvió a ver a René y cenamos juntos una vez más. Ellos se retiraron a su cuarto y yo me asomé algo curiosa para verlos fornicar una noche más. Luego me senté en el sofá del salón y me masturbé obscenamente hasta que terminaron.

Cuando Faustine salió de su cuarto se sentó a mi lado y se fumó un pitillo. Luego salió René, tan desnudo como la primera noche, con su verga ya apuntando al suelo y ambas reímos mientras le contemplábamos.

—¡Qué buena polla tiene tu hijo! —dijo Faustine mientras él iba al servicio.

—Si, supongo que sí, ¡orgullo de madre! —dije yo tomando el pitillo de su mano y dándole una calada, algo que no solía hacer por lo que sufrí tos cuando lo hice.

—¡Vamos Claudine, si tú nunca fumaste!

—Bueno, tampoco he hecho otras cosas y las estoy probando —dije yo mientras volvía a dar una calada, pero esta vez más contenida.

Cuando Faustine se fue esa noche, me quedé en el salón un rato más con mi hijo.

—¿Nos has visto hoy? —me preguntó.

—Si, un rato, lo suficiente para darme un poco de placer a mí.

—¿Y cuando vas a buscarte una polla para ti madre?

Su pregunta directa me sorprendió, tal vez no tanto como otras veces, pero no dejaba de sorprenderme que fuese tan directo hablando de esas cosas conmigo.

—Tal vez ya lo haya hecho —me jacté.

—¿Tú, no me lo creo? —rio él.

—Pues lo he hecho, ¿y no adivinarías con quién?
—¿Con quién? —preguntó él llanamente sin creerme aún.
—Con Fabián, el cura —añadí.
—¡Con él! ¡Ciertamente nunca lo habría sospechado!
—Te he sorprendido, ¿verdad?
—Sí, he de admitirlo —dijo sinceramente—. ¿Pero la relación fue completa?
—Bueno no, pero muy satisfactoria por ambas partes —admití yo.
—Bueno, pues tienes que volver y completarlo, ¿no crees?
—Sí, ¡lo haré! —dije, sintiéndome por un momento que estaba obedeciendo sus órdenes y preguntándome si eran mis deseos o los suyos los que en realidad cumplía.

9

A la mañana siguiente estaba preparando la comida en el comedor cuando tuve que ir por un saco de patatas al almacén. Este pesaba mucho así que el padre Fabián, que andaba por allí, se ofreció a ayudarme.

Salimos por un pasillo a una habitación posterior anexa al local donde dábamos las comidas y allí accedimos a una gran sala que hacía las veces de despensa, tras atravesar una gran puerta de hierro.

—¡Bueno padre pues aquí están las patatas! ¿Cree que podrá con el saco?

—¡Bueno Claudine, lo intentaremos! —sonrió él.

—Tal vez debemos descansar un poco, ¿no cree?

—¿Descansar? —preguntó él sin pensar lo que le ofrecía.

Entonces me acerqué a la gran puerta de chapa y cerrándola eché un pestillo que tenía esta por dentro. Luego me giré y fui hasta donde estaba el padre.

Sin que él pudiese detenerme le empujé y calló sobre los sacos de patatas mientras yo le pedía disculpas.

—¡Oh padre, lo siento, no quería ser brusca!

—¡Oh no pasa nada hija, no me he hecho daño!

—¿Sólo quería saber si usted podía echarme un vistazo aquí? —le pregunté girándome.

Subí mi vestido y le mostré mis bragas blancas, luego las bajé delante suyo mientras me inclinaba un poco hacia adelante y le mostraba mis generosos cachetes y mi poblada raja bajo ellos.

Entonces el padre cogió mi cintura y sin esperar más me clavó su lengua entre mis cachetes, lamiéndolos de arriba abajo y llegando hasta mi sexo de esa forma, pasando antes por mi ano.

La electrizante sensación me recorrió el cuerpo mientras sentía su lengua en mi ajustado ojal, por lo que quise volver a sentirla y separando mi culo de su cara de nuevo le coloqué mi ano en su boca.

Él supo de mis intenciones y lamiendo mi ano se entretuvo un buen rato. Al tiempo que comenzaba a penetrar mi sexo con sus dedos y luego mi ano igualmente con ellos.

—¡Oh padre, ya no podemos retrasarnos más, hagamos ya lo que sea!
—dije yo desesperada.

Entonces el padre se levantó y yo me eché sobre el saco de patatas donde estaba sentado y ofreciéndole mi hermoso culo permanecí expectante. Entonces él se inclinó y sacando su verga me hizo sentirla muy duro en mi ano.

Yo me asusté pues pensé que me la quería meter por ahí y me dolió su presión, la verdad así que ante mis quejas la deslizó un poco más abajo y comenzó a presionar con fuerza hasta que mi sexo, poco a poco se fue abriendo, alojando su gran seta en mi vagina, la sentí entrar y llenarme por completo, con sucesivos intentos ésta se fue lubricando y entrando más hasta que me hizo sentirla muy adentro en mi raja mientras yo apretaba los dientes para no gritar de placer.

Muy suavemente me folló por primera vez. Empujando despacio, pero con fuerza hasta apretar mi culo contra su pelvis, ahí se detenía a veces un poco y esto me hacía ver las estrellas, luego se retiraba hasta casi sacarla y volvía a llenarme con su vara de carne haciéndome resoplar y resoplar.

Discretamente comencé a acariciar mi clítoris bajo mi vientre mientras él se deleitaba aferrado a mis caderas. Así comenzó a coger confianza y a acelerar sus embestidas, cada vez más fuertes, cada vez sentía sus manos agarrar mis caderas y tirar de mí hacia atrás al penetrarme, hasta que los choques comenzaron a sonar como fuertes palmadas. Mientras yo, como una loca me esforzaba por no gritar y seguía frotándome el clítoris bajo él con frenesí.

Confieso que no disfruté mucho ese día, con aquella follada improvisada, en aquel lugar escondidos de las miradas ajenas y cuando ya estaba a punto de estallar la sacó de mi sexo y se masturbó detrás de mí. Mientras yo aprovechaba para acariciar mis gruesos labios vaginales, hinchados por la excitación y tan sensibles que el mero roce de mis dedos hizo que sintiese como éstos palpitaban ya próxima al éxtasis.

Cuando por sorpresa oí gruñir al padre Fabián, éste comenzó a correrse entre mis piernas, lanzando un primer chorro accidentalmente sobre mi raja y luego sacándolo, miré debajo de mí y vi como chorro tras chorro, su abundante semen salía escupido de la punta de su falo y chocaban con el suelo del almacén.

No sé por qué no lo hizo dentro de mí porque yo ya no era fértil y podía perfectamente haberse corrido dentro. Pero no lo hizo y ansié sentir su cálida leche llenándome por dentro, sentir mi sexo goteando cuando él la sacase.

Pero al ver su corrida fuera tuve una especial sensación especial sensación de placer, al ver como con tantas ganas me había follado y luego había estallado de esa manera tan visceral, casi primitiva, esparciendo su semen detrás de mí y alcanzándome con uno de sus chorros.

Tomé un clínex de mi delantal y limpié mi sexo, sentí su semen húmedo empapar la celulosa y traspasarla y aunque parezca una guarrería, esto me excitó. Una vez limpio lo tiré entre los sacos de patatas y me incorporé, busqué las bragas y abriéndolas me dispuse a ponérmelas.

No hablamos mucho mientras nos vestíamos, no hacía falta, ¡ya estaba todo dicho y hecho! Luego sacamos el pesado saco de patatas y lo arrastramos entre los dos hasta las cocinas.

Par mi horror, cuando llegué me percaté de los restos de leche en la tela de rafia del saco y cuando mi amiga Faustine se acercaba acerté a girarlo y apoyarlo por esa parte contra la pared para que no la viese, ¡qué calor me entró! ¡Creo que me puse roja como un pimiento aquel día!

10

Cuando llegué a casa esa misma noche no me pude aguantar más y se lo conté a René.

—René, ya sé que está mal, pero estoy teniendo una relación con Fabián —le dije a modo de confesión mientras cenábamos.

—¡En serio madre! No te veo yo tan lanzada como para hacértelo con un cura, ¡y encima más joven!

Su sarcasmo me hirió.

—¡Qué pensabas, que yo no era capaz de algo así! ¿No fuiste tú el que me animó a conocer a algún hombre y tirármelo? —le reproché.

—Está bien madre, te creo.

—¡Sin ir más lejos, hoy lo hemos hecho en el almacén! Ha sido muy excitante, pues había gente en la cocina preparando ya la comida y ha sido como si nos escondiésemos.

—¿En serio? —dijo René.

—¡Tan en serio! Hay algo que me ha hecho y que me ha gustado mucho, ¿sabes? —le confesé.

—¿Qué te ha gustado tanto?

—Bueno hijo, me da un poco de vergüenza admitirlo, ¡pero me ha lamido el culo y me ha encantado! —le confesé para mi horror—. Luego creo que ha intentado metérmela por ahí y me ha dolido y me he asustado, por lo que ha desistido.

—Claro, por ahí no es tan sencillo hacerla entrar.

—¿Tú se lo has hecho a Desirée por ahí? —le pregunté con inmensa curiosidad.

—Bueno a Desirée no le gustaba, lo intenté alguna vez y lo hicimos por ahí. A mí me gustó alguna vez, pero ella decía que le dolía mucho. El secreto está en lubricarlo bien y si a la mujer le gusta que esta practique antes con sus dedos para encontrarse a gusto en esa situación —me confesó.

—¡Oh claro! —dije yo como si fuese lo más natural del mundo.

—Cuando te masturbes, prueba a meterte un dedo por ahí y verás lo mucho que te gusta, a Desirée le encantaba que le metiese el dedo

mientras lo hacíamos —dijo haciéndome otra jugosa confesión.

—¡Oh bueno, tal vez lo intente! —dije sonriendo, sin querer admitir que lo haría abiertamente.

Un silencio se abrió entre nosotros y no supe qué más contarle. Entonces un pensamiento me turbó y quise compartirlo con él.

—¿Crees que soy una puta por acostarme con el padre? —le pregunté de repente.

—No, claro madre. Eres una mujer con cincuenta años que ha vivido mucho tiempo reprimida, sólo eso.

Sus palabras me aliviaron, pues en el fondo me sonaron a la verdad. Había vivido una vida bastante monótona y pobre de sensaciones y ahora me daba cuenta de que esta se me escapaba, ¡y no quería perder esa chispa vital.

Ya en mi cama seguí sus instrucciones y esa noche tuve un fenomenal orgasmo culero, sintiendo como mi esfínter se contraía con fuerza mientras mi dedo estaba alojado en él y me corría entre fuertes espasmos de intenso placer.

Mientras lo hacía, pensé en que el padre me penetraba por ese ajustado ojal, ¡y esto contribuyó a que mi paja nocturna fuese de lo más satisfactorio!

11

A la mañana siguiente me sorprendió una visita inesperada, ¡era Desirée! Al parecer se había pasado por el barrio para preguntar cómo estaba René. Por lo que la invité a pasar y le ofrecí un café.

—Bueno Desirée, ¿y tú cómo estás?

—¡Oh bien Claudine! ¿Y René?

—El también bien, creo. En fin. Me sorprendió un poco vuestra separación —dije yo.

—Bueno si, fue un poco repentina la verdad —admitió ella.

Lo cierto es que estaba intrigada por la separación, ya que René no quiso contarme mucho de ella, por lo que quise investigar si Claudine me lo quería contar.

—No se Desirée, él no quiere hablar de ese tema y me tiene un poco preocupada, la verdad —le confesé.

—¡Oh lo siento Claudine! Imagino que él se llevó la peor parte, porque la verdad es que lo dejé yo.

—¡Oh vaya! Esas cosas pasan querida, no te echo las culpas ni nada de eso —dije yo para darle confianza a ver si se sinceraba.

—¿Te gustaría saber lo ocurrido? —me preguntó ella.

—¡Bueno, sólo si a ti no te importa contármelo!

—Verás, desde que René perdió el trabajo empezó a ver muchos vídeos porno y sólo quería sexo todos los días cuando llegaba a casa cansada y sólo me apetecía descansar.

—Claro, eso es del todo normal. Eso te fue minando, ¿no?

—Si, un poco si la verdad, pero luego un día me propuso hacerlo con una amiga, ¿te imaginas? Yo me quedé estupefacta.

—¿En serio? —pregunté yo incrédula.

—Tan en serio, el caso es que, aunque parezca una locura se lo confesé a mi mejor amiga y esta sorprendentemente, ¡aceptó!

En ese momento ya no supe qué decir, así que esperé a que continuase su impactante historia.

—Total que medio en serio medio en broma la invité a cenar un sábado y bueno, bebimos mucho. Al final acabamos haciendo un “menage a trois”

y bueno lo cierto es que lo pasamos muy bien. Pero a partir de ahí pasó algo dentro de mí, lo confieso Claudine, fue mi culpa.

—¿Pero por qué dices eso chica?

—Pues porque me enamoré de mi amiga íntima. Esa noche me perturbaron sus abrazos, sus caricias, sus besos por todo mi cuerpo, sentí un cariño especial que no sé explicar y el sexo con ella fue sublime gracias a sus atenciones. Tanto fue así que tras eso un día quedamos y nos enrollamos a sus espaldas. Ahí confirmé mis sentimientos hacia ella, nuestros cuerpos se unieron tan íntimamente y fue todo tan emocionante para nosotras comprendí que ya no amaba a René sino a ella.

—¡Me quedo anonadada Desirée! ¡Qué cosas pasan hija! —dije yo asombrada.

—Se lo confesé, pero él no lo comprendió, así que le pedí que se marchase y rompí con él.

Las dos nos quedamos calladas tras su confesión. Yo no tenía mucho más que decir y ella ya me lo había contado todo.

—Ya me extrañaba a mí vuestra ruptura Desirée, para mi erais la pareja ideal. Pero bueno, esas cosas pasan Desirée.

—Desde entonces no hemos hablado, ¿ha conocido a alguien? —preguntó ella con curiosidad.

—Sí, tiene una amiga que también es amiga mía, nada serio pero bueno, ¡ya sabes hay que divertirse! —le sonreí mientras mi mano se posó en su rodilla.

—¡Oh si claro, no pretendo saberlo la verdad! ¿Y tú cómo estás Claudine? —dijo ella acariciándome el hombro con su enternecedora sonrisa de dientes blancos.

—¡Oh yo bien, bien! —exclamé con cara de felicidad—. Te confieso que tengo una aventura, ¿sabes? —le dije en voz baja como si alguien fuera a escucharnos.

—¡En serio Claudine! Me alegro un montón por ti, con la de años que has vivido sola mujer, tenías que haber conocido a alguien antes —dijo felicitándome.

—Si hija, pero tuve que trabajar para criar a René y fue duro la verdad. Pero bueno, ya está pasado, ¡lo que importa es aprovechar el presente!

—¡Di que sí mujer! —exclamó Claudine y se fundió en un sorpresivo abrazo conmigo.

Mientras me abrazaba efusivamente me dijo al oído.

—Cuando estaba con René fuiste como una madre para mí, ¡por eso te quiero tanto!

Sus palabras me emocionaron un poco y se las agradecí de corazón.

—¿Bueno y cómo es él? —dijo tras separarnos.

—¡Ah pues, lo siento Desirée! Pero no puedo darte muchos detalles Claudine —dije yo con arrepentimiento por habérselo confesado, pues en el fondo mi relación era una relación prohibida y quería mantenerla en secreto

—¡Oh bueno! No pasa nada Claudine, no quería ser indiscreta.

—Está bien chica, es que es joven, mucho más joven que yo, ¿sabes? —dije sonriéndole para tranquilizarla—. Y me da un poco de vergüenza decirte quién es, porque hay algo más que no te puedo contar, ¿lo entiendes verdad?

—¡Si claro Claudine! No te preocupes, lo importante es que tú seas feliz.

—¡Oh gracias Claudine! Admito que para mí fuiste como una segunda hija, por eso me dolió tanto vuestra separación.

—Si, lo sé. Pero bueno, siempre podemos seguir viéndonos, ¿verdad? —dijo ella con su bonita sonrisa.

—¡Por supuesto! Aquí me tienes para cuando quieras tomar un café —agregué.

Seguimos con nuestro café y la conversación derivó hacia otros temas, aunque yo seguía intrigada por el cambio de acera de Claudine.

—¿Te puedo preguntar algo íntimo Claudine?

—¡Oh si claro, dispara! —dijo ella risueña.

—Sólo es por curiosidad, pero, ¿cómo es hacerlo con otra mujer?

—Bueno, es algo muy íntimo Claudine, son sus besos, sus caricias, la manera de acariciar, el roce de su cuerpo con el mío. Un hombre nunca me ha hecho sentir tan bien cuando lo hacía con él.

—Tal como lo cuentas parece interesante —le confesé—. Yo últimamente he experimentado algunas cosas en el sexo que nunca antes me había atrevido, ¿sabes?

—¿En serio? ¿Cómo qué?

—Bueno, verás, es que me da mucha vergüenza confesártelo, pero yo nunca he hecho sexo oral —dije nerviosa—. Él también me lo come,

¿sabes? Son cosas que con mi marido nunca me había atrevido y con mi amante he tenido oportunidad de hacer y son de lo más excitantes.

—¡Qué picarona Claudine! —dijo Desirée pellizcándome en el costado—. Yo con mi pareja hago también cosas especiales.

—¿Cómo qué? —dije yo ahora a modo de réplica.

—Bueno, como entre dos mujeres usamos mucho nuestras manos, no sólo para penetrarnos sino también para acariciarnos íntimamente y todo el rato. Y también usamos nuestras bocas para besarnos por todo el cuerpo y como entenderás también nos lo comemos. Es algo muy satisfactorio cuando una se lo hace a la otra en un sesenta y nueve, ¿sabes?

—¡Oh si, parece excitante! —dije yo riendo—. Y qué más prácticas hacéis entre mujeres —dije intrigada.

—Pues bueno, nos frotamos nuestros sexos, en algo que llaman la tijera, cruzamos nuestras piernas y nos frotamos —dijo Claudine mientras me lo explicaba con sus dedos gráficamente.

—¡Parece raro! —dije poniendo cara igualmente extraña.

Mi cara debió ser un poema, porque ella me miró y se sonrió, luego ambas estalláramos entre risas.

—¡Quién sabe tal vez tendría que probarlo! —añadí.

—Oye, pues si quieres, yo ya soy toda una experta —dijo Desirée bromeando.

Al añadir esta última frase ambas reímos más. Lo cierto es que su visita me había animado la mañana. Cuando ya se marchaba me abrazó para despedirse.

—Ahora sé algo que antes no te confesé Claudine.

—¿Qué? —dije yo un tanto perpleja por su beso en los labios.

—¡Creo que tú fuiste la primera mujer de la que me enamoré!

Su confesión me dejó pasmada, tanto que no fui capaz de reaccionar cuando sus labios se unieron tímidamente a los míos, en un beso largo y húmedo, muy tierno, que me hizo sentir la sorpresa de la adolescente a la que besan por primera vez.

—¡Oh Desirée! ¡No sé qué decir!

—Tranquila, no digas nada. Sólo escucha a tu corazón y si algún día quieres me llamas y me dices lo que sientes. ¿De acuerdo?

—Vale —dije mientras ella se giraba y se marchaba.

Me quedé tan perpleja, tanto con su beso como con su confesión, que simplemente cerré la puerta despacio cuando ella desapareció escaleras abajo y lentamente fui a sentarme en el salón y reflexioné sobre lo ocurrido. ¿Realmente Desirée me amaba aún? ¿Cómo sería hacer el amor con ella? Su beso, ¡qué dulce me pareció! Extraño y raro al mismo tiempo, pero fue tan íntimo...

12

Esa misma mañana fui a la iglesia pues estaba impaciente por ver al padre Fabián, llegué justo cuando la misa estaba comenzando y él estaba en el altar llamando a las pocas mujeres y hombres que se había acercado a la capilla a levantarse de sus asientos para comenzar la misa.

Me puse detrás de ellos, pero aun así estaría en la cuarta o quinta fila, con apenas diez personas asistiendo a la misa noté la mirada de Fabián fijándose en mí nada más levantarme para orar.

La misa se me hizo eterna, mientras admiraba lo bien que leía el padre las sagradas escrituras pensaba en comerle el rabo lo antes posible y sentía como por dentro mi sexo se derretía ante tan obscenos pensamientos.

En mi locura llegué a imaginarme haciéndole una felación en público delante de aquellas personas mayores, sin duda eso sí que sería un aliciente para la eucaristía y con estos pensamientos sonreí mientras por dentro pensaba lo guarra que me sentiría ante un acto tan visceral y descarnado.

Al ir a comulgar, sentí especial deleite cuando aparecí frente a Fabián y él, desde un escalón me miró desde arriba y ofreciéndome la sagrada forma la introdujo en mi boca. Ya sé que para quien sea cristiano esto será una ofensa imperdonable, por eso pido perdón por si alguien se siente ofendido por mis actos de aquella mañana.

Cuando la misa terminó, una anciana se acercó a Fabián y le comentó algo, acto seguido el padre la acompañó al confesionario y la señora mayor se arrodilló para confesarse. Momento que aproveché para ponerme en el último banco frente al confesionario y arrodillarme para rezar ofreciéndole mi espalda a Fabián mientras éste confesaba a la señora.

Recuerdo que pensé en si me miraría el culo. Llevaba una falda hasta la rodilla con una raja por detrás, bastante ajustada, lo que dibujaba mi figura. Creo que separé las piernas para que él pudiese verme y disimuladamente lleve mi mano entre mis muslos desde delante y jugueteé con mi sexo, aunque la señora estaba de lado y podía verme,

pero lo hice discretamente y creo que no se dio cuenta.

Yo estaba ya húmeda y dispuesta para la penetración y de vez en cuando miraba hacia atrás y mis ojos se encontraban con los de Fabián en el confesionario. Huelga decir que la espera se me hizo eterna.

Cuando por fin terminó me incorporé y caminé hacia Fabián, recuerdo que le sonreía todo el rato y él dudó, pero finalmente me sonrió a mi mientras me arrodillaba.

—¿Qué te ocurre hoy hija? —me preguntó.

—Bueno padre, quería confesarle algo. Verá esta mañana ha venido a casa a visitarme mi exnuera y hemos estado charlando. Me ha confesado que se ha dado cuenta que le gustan más las mujeres que los hombres y yo me he interesado por ese amor que ella siente.

—Muy bien hija, pero, ¿y eso qué tiene de pecaminoso?

—Pues que me ha descrito lo que hacen entre las mujeres, cosas como la tijera para frotar sus sexos una contra la otra y esta visión me ha perturbado, ¿sabe?

—¿Por qué, crees que a ti te gustaría hacerlo con una mujer?

—No lo sé, estoy hecha un lío, especialmente porque cuando se iba me ha confesado que estuvo enamorada de mi sin saberlo, ¡y me ha besado en los labios!

—Bueno hija, yo creo que lo que me cuentas sólo podría ser un pecado de pensamiento y sería un pecado venial.

—Gracias padre, pero he venido también porque le deseo mucho, ¡esta mañana más que nunca! —le dije y deslizando mi mano acaricié su bragueta.

Pero Fabián, nervioso me apartó la mano rápidamente.

—Claudine, entiendo que te excites, pero entiéndeme, ¡soy cura! E hice unos votos de celibato, ¿lo entiendes?

—¡Oh si padre, pero es que el otro día en el almacén... oh, me erizo nada más pensarlo!

—¡Claudine! No me estás escuchando, tú me incitas al pecado y no deseo pecar —se quejó Fabián hablando mientras apretaba los dientes.

—¡Lo siento mucho padre! —dije yo rompiendo a llorar—. Yo sólo soy una pobre viuda que se sentía sola y que por el azar del destino le conoció íntimamente.

—Vamos Claudine, no llores —dijo Fabián acariciándome el pelo.

—Confieso que soy egoísta padre, quiero volver a estar con usted y no consigo que ese pensamiento se me quite de la cabeza. Cuando he pensado en venir a la misa, tras despedirme de Faustine, me he quitado las bragas para verle, ¿sabe? ¡Estoy muy excitada ahora mismo! Y créame: ¡me arrepiento! Lo último que querría es incitarle al pecado.

—Claudine... no te enfades conmigo, lamento haber herido tus sentimientos —dijo Fabián cogiéndome de la mano.

Al hacerlo sentí sus dedos suaves y cálidos y su contacto me reconfortó, los estreché con los suyos y le hice sentir la suavidad de mis yemas.

Creo que ahí todo cambió esa mañana, de repente Fabián cambió de actitud y se excitó tanto que no pudo evitar bajar una mano y tocarme un pecho mientras estaba arrodillada a su lado.

Esta señal, yo diría que divina, me activó y de nuevo lancé mi mano contra su bragueta palpando su ya incipiente excitación.

—¡Oh Claudine, ¡eres una tentación demasiado grande para resistirme!
—dijo mientras su mano se colaba por mi escote y acariciaba con dificultad mi pecho desnudo.

Yo por mi parte metí la mano bajo las vestiduras de misa que llevaba y levantándolas accedía a su bragueta, bajándosela e introduciendo mi mano por la raja de sus calzoncillos vi como la presión de su verga irguiéndose casi me hacía imposible tocársela ya dentro del pantalón, así que obscenamente se la saqué en la iglesia vacía y comencé a masturbarlo suavemente tras levantar las vestiduras que llevaba.

Pero no me detuve ahí, de rodillas me estiré un poco hasta que mi boca tuvo acceso a su pene y lo tragué hasta donde pude.

La sentí tan caliente entrando en mi boca que llegó hasta mi garganta y sentí convulsiones, pero las contuve con el ansia que tenía de él.

Entonces la puerta de la iglesia crujió y una señora apareció por ella mientras rápidamente Fabián se bajaba las vestiduras sin darle tiempo a guardar su verga y yo hincaba de nuevo las rodillas en reposapiés lateral al confesionario.

Ambos disimulamos nuestra excitación ante los ojos inquisidores de la vieja que se acercó al pasillo central y se santiguó para luego adelantarse hasta los primeros bancos y arrodillarse para rezar.

La situación era tensa, pues la excitación que corría por nuestras venas pedía carne, y el deseo no se conformaría sólo con los leves tocamientos

que habíamos disfrutado.

Así que el Fabián se levantó y llevándome detrás de un gran pilar de piedra al fondo de la iglesia, tan grande que nos tapaba a ambos, me descubrió un pecho y me lo chupó con ansia mientras yo le metía la mano en la bragueta abierta y le sacaba su mástil tremendamente duro y excitado.

Allí mismo, nos besamos en la boca, obscenamente nos comimos las lenguas mientras yo le levantaba de nuevo las vestiduras y así de nuevo su miembro para masturbarlo y él me metía la mano bajo la falda y llenaba sus dedos con mis flujos mientras me penetraba la raja con ellos. Creí que me correría justo en ese instante, de pie tras el pilar de piedra cuando Fabián me detuvo.

—Espera, voy a deshacerme de esa señora y cerraré las puertas, ¡tú ocúltate aquí! —me susurró al oído haciéndome sentir escalofríos.

Guardó su herramienta y dejó caer las vestiduras de oficiar misa, lo que disimuló su gran erección y salió de detrás del muro.

Yo me asomé y lo vi acercarse a la señora y susurrarle al oído algo así como que iba a cerrar la iglesia. La vieja puso mala cara, pero acató la petición de desalojo y acompañándola hasta la salida Fabián cerró las puertas tras ésta echando el gran cerrojo desde dentro.

Entonces salí del muro y respirando agitadamente deseé correr hacia donde él estaba. Pero éste me hizo un gesto con la mano para que mantuviese la calma y me invitó a pasar a la sacristía.

Allí le ayudé a quitarse las vestiduras y una vez libre de ellas vi como su verga abultaba en su pantalón, así que sin querer esperar más me arrodillé y allí mismo le quité el cinturón y le bajé pantalón y calzoncillos haciendo entrar su verga en mi boca de nuevo, sintiéndola tan excitada y caliente que fue toda una delicia chupársela con tanta pasión como ganas.

Súbitamente me separó, advirtiéndome que parase, yo me quedé quieta y arrodillada ante él. Entonces este me hizo levantarme y echándome sobre una mesa de mármol, decorada con un bonito mantel me subió la falda y comprobó que no llevaba bragas.

Con mi sexo al aire se arrodilló ante mí y me clavó su lengua tan profundamente como pudo, haciéndome gemir de éxtasis. Me comió la raja ansiosamente y me hizo gemir mientras yo acariciaba su pelo con mis

dedos.

Algo curioso fue que sentía el roce con su barba en mi ano y esto me hacía cosquillas, lo que me excitaba más.

Saciado de mis jugos se levantó y apuntándome con su verga, mientras yo estaba sentada en la mesa con mis muslos abiertos, me colocó su enorme seta entre mis labios vaginales y la hizo desaparecer dentro de mí.

Lo bueno de follar en aquella posición es que estábamos frente a frente, así que nos comimos las bocas y así fue como saboreé mis propios jugos desde sus labios y él supongo que experimentó algo parecido a chupársela cuando besó los míos, este zafio pensamiento me hizo sonreír.

Mientras seguía follándome me descubrió los pechos, mis enormes pechos y me chupó alternativamente una teta y luego la otra, pellizcándome cuando dejó de hacerlo ambos pezones hasta ponerlos tan gruesos y sensibles que le tuve que detener para que no me hiciese daño.

Decidí cambiar de postura, pues la mesa de mármol era muy dura y fría para mi culo, así que me giré y apoyé mis codos, ofreciéndole mi culo a Fabián. Este aceptó el cambio y me tomó desde atrás, llenándome mi sexo y echándose sobre mí como un animal cubre a su hembra.

Fornicamos de nuevo en aquella postura y cuando ya no pudo más sentí que se corría en mi interior, ¡por fin pude sentir su leche llenándome mientras sus contracciones se hacían espasmódicas y yo comenzaba a correrme en ese preciso momento, disfrutando de su gran verga mientras mi sexo se contraía también alojándola en lo más profundo de mi ser!

Exhaustos, necesitamos un par de minutos para recuperarnos, en los cuales su verga permaneció alojada dentro de mi sexo, algo que también fue placentero en aquellos momentos postorgásmicos. Luego la sacó y sentí como su semen salía con ella y lo noté chorrear por mi raja al salir ésta por completo.

Cuando vio salir su blanco semen de mi raja quedó atónito y corrió a coger un paño de los que usaba para la misa y me lo ofreció para limpiarme.

Yo lo tomé y suavemente me limpié frente a él, mientras este no paraba de mirarme asombrado por el espectáculo. Cuando se lo devolví, lo dobló y contemplé como se limpiaba la punta de su verga en un momento tan íntimo como natural entre los amantes.

Al terminar, tuve ganas de probarla una vez más y me arrodillé frente a él para chupársela de nuevo, éste me dijo que ya no era necesario, pero yo insistí. Abrí mi boca y la hice entrar de nuevo.

Desde abajo, lo vi retorcerse entre el dolor y el placer, mientras mis labios chupaban su gran seta y yo, me deleité con su cálida suavidad mientras disimuladamente me frotaba mi raja y mi clítoris tremendamente hinchados tras la fornicación de antes.

Cuando me levanté nos besamos de nuevo y Fabián me mostró su agradecimiento chupándome el cuello, luego me daría cuenta de que me había hecho demasiada succión, por lo que los siguientes días tuve que llevar un pañuelo para que no lo notasen.

Nos despedimos y salí de la iglesia por la puerta de la casa que conectada a ella hacía las veces de su hogar. Contenta y feliz apresuré el paso en dirección al comedor social, se me había echado la hora encima, pero había merecido la pena: ¡Qué polvazo!

13

Ya por la noche volvía a casa tras terminar en el comedor social y estaba agotada. Cuando llegué vi a René tumbado en el sofá viendo la tele, sin nada mejor que hacer.

—Buenas hijo, vengo rendida —le dije nada más entrar.

—Hola madre, ¿qué tal tu día? —dijo René girando su cabeza y mirándome desde abajo.

—Bien hijo bien, ¿has cenado algo?

—No aún no, te estaba esperando para no cenar solo.

—O estupendo, así podremos hablar, ¿sabes que estuvo aquí Claudine en la mañana?

Al mencionar su nombre se levantó como activado por un resorte oculto.

—¡Ah sí! ¿Qué quería? —preguntó muy interesado.

—Bueno, nada en especial, sólo se pasó a saludar, bueno voy a hacer pis que no aguanto más —le dije mientras casi allí mismo me subía la falda.

Cuando me senté en el váter y comenzó a sonar el fuerte chorro cayendo en el agua del fondo, vi aparecer en la puerta a René que al parecer no podía esperar a que le contase lo que había ocurrido.

—¿Te ha dicho algo de mí? —preguntó lastimero.

—Bueno René si, te confieso que hemos hablado de por qué rompisteis, de su relación con la mujer con la que hicisteis el trío.

—¡En serio te ha contado eso! —dijo René muy sorprendido.

—Bueno sí, me ha sorprendido mucho la verdad —dije yo mientras me levantaba y llevaba un puñado de papel higiénico a mi sexo mojado por el pipí.

La verdad es que no lo pensé, pero entonces vi como René se percataba de mi acción y me miraba con curiosidad ahí abajo. Así que algo pudorosamente me subí las bragas delante suyo y aunque traté de no mostrar mucho quedándome de perfil, fue inevitable que algo viese.

—¿Es cierto lo que me ha contado hijo?

—Bueno si madre, al principio todo empezó como un juego y los polvos

que echamos los tres fueron fantásticos, por fin había cumplido una de mis más ocultas fantasías, hacerlo con mi mujer y con otra, pero el tiro me salió mal, al final se enamoraron y no paraban de liarse a mis espaldas y cuando llegaba a casa y quería sexo, Claudine estaba cansada de haberse tirado todo el día follando con su amiga —dijo René mientras yo me dirigía a la cocina para preparar unas tortillas francesas.

Mientras preparaba la cena seguimos hablando.

—Lo entiendo René, para ti tuvo que ser duro, pues en el fondo te estaba engañando, aunque inusualmente con otra mujer —le dije.

—Si madre, tú lo has dicho. En el fondo era un engaño, así que un día discutimos y me marché, ese día fue el que me vine aquí contigo.

—Bueno René, no te preocupes más, ya estás aquí y ahora tienes que pensar en otras opciones, ¿no crees?

—Si, aunque confieso que Faustine es muy atenta conmigo y me regala estupendos polvos, es algo mayor para mí, quiero encontrar a otra mujer que se fije en mi —me confesó.

Aproveché para poner la mesa y René me ayudó a llevar todas las cosas, cuando nos sentamos seguimos conversando.

—Sabes, no te lo pensaba contar, pero ya que estamos. Al final al despedirse, Claudine me ha dado un beso, un beso en los labios —le confesé.

—¡En serio! ¿Pero por qué?

—Pues me ha confesado que estaba enamorada de mi sin saberlo cuando estuvisteis casados.

—Y tú, ¿cómo te lo has tomado?

—No sé, me he quedado de piedra, pero bueno, lo ha hecho de forma tan dulce que no me ha desagradado.

René se quedó callado un momento y luego hizo la inevitable pregunta que le rondaba por la cabeza.

—¿Lo harías con ella?

—Pues no sé hijo, la verdad es que siento curiosidad. Claudine me ha contado cosas que hace con su pareja y no he podido sentir curiosidad por lo que me decía.

—Si lo haces, me dejarías mirar —preguntó Fabián como si diera por hecho que lo haría.

—Bueno hijo, ¡es que no lo voy a hacer! Me da mucha vergüenza, pero

en fin, si algún día pasara algo te avisaré—le dije y le acaricié su mejilla sonriente.

Quitamos la mesa y nos sentamos a ver la tele.

—René, hoy también he ido a ver a Fabián y lo hemos hecho en la iglesia, concretamente en la sacristía, ¿tú crees que hago bien? —le pregunté con algo de culpabilidad.

—¿Por qué no madre? Sí él es cura, pero en el fondo tiene los mismos deseos que yo, sólo que los reprime. Y tú en el fondo con esto te estás liberando de tus ataduras y de tu largo luto.

—No sé hijo, te confieso que me he sentido un poco puta dejándome follar en una mesa de la sacristía —le dije sintiendo vergüenza por confesarle tal acto.

—Bueno, supongo que ha sido muy excitante, ¿verdad?

—¡Oh si mucho! He disfrutado un montón con él René y como no tengo a quien más contárselo he decidido compartirlo contigo, como otras veces.

—Pues qué puedo decir madre, gracias por confiar en mí —dijo mi hijo.

Y para mi sorpresa se acercó a mí y me besó castamente en la mejilla. Tras esto nos levantamos y nos fuimos a lavar los dientes.

Mientras lo hacía él fue al baño y se sacó su pene para hacer un pis, de modo que me sorprendí ahora siendo yo la voyeur que le espiaba secretamente mientras su chorro caía a la taza formando un estruendo similar al mío antes. En el fondo la escena me pareció bonita y natural, un hombre sacando su pene y haciendo pis como lo hacen ellos, de pie.

Tras esto nos despedimos y cada uno se fue a dormir por su lado. Recuerdo que esa noche tardé en quedarme dormida, a pesar de lo cansada que estaba, tal vez las ilusiones que me venían a la cabeza fueron las culpables, deseos, fantasías inconfesables que me desvelaron y me acompañaron discretamente a los reinos de Morfeo.

14

Pasaron unos días en los que no vi a Fabián, pues decidí no agobiarlo y dejarle un tiempo de asueto para que se recuperase de los sentimientos de culpa que le había provocado nuestro último encuentro en la sacristía.

Por su parte él tampoco se dejó ver por el comedor social, así que cuando hubo pasado una semana más o menos, yo estaba ansiosa por volver a verle. Así que una mañana, ni corta ni perezosa, me quité las bragas y me fui con mi vestido y mi sexo al aire a misa del medio día.

Llegué con la misa empezada, pues quería darle esa sorpresa a Fabián y que me mirase como la última vez, viéndome sentarme entre el escaso público que acudía a esta eucaristía. ¡Pero me llevé un gran chasco al comprobar que no era Fabián quien oficiaba la misa sino un cura calvo, con gafas de pasta redondas y algo mayor que él!

Nerviosa busqué asiento tras una vieja, queriendo ocultarme de ella y pensando donde estaría mi querido Fabián. Para colmo de males mientras el cura iba a comenzar la misa dijo:

—¡Vaya, veo caras nuevas hoy entre nosotros! Me alegro de que más almas piadosas se unan a los habituales rostros en esta eucaristía matinal.

Quise que la tierra me tragase, pero como es obvio, esto no ocurrió. Así que me resigné y participé en la misa.

Cuando llegó la hora de comulgar, me dio cosa no hacerlo, así que me puse detrás de las señoras mayores y comulgué la última. Al ofrecermela forma, el cura me miró y me sonrió mientras la depositaba en mi lengua, levemente sacada entre mis labios para tal fin.

Al terminar, muy intrigada por lo ocurrido decidí esperar arrodillada en un banco a modo de rezo, de modo que cuando el cura salió de la sacristía me levanté y decidida me encaminé para interpellarle por mi querido Fabián.

—¡Buenos días padre! —le dije.

—¡Oh, alabado sea el señor! ¿Buenas tardes ya señora...?

—¡Claudine! —espeté.

—¡Ah claro Claudine! ¿Pues en qué puedo ayudarte? —me preguntó

tuteándome, gesto que llamó mi atención.

—Pues es que no he visto al padre Fabián hoy y quería preguntarle por él, ¿está bien?

—¡Oh sí, no está enfermo! Si es eso a lo que se refiere, sólo que ha necesitado hacer un retiro espiritual.

—¿Un retiro? —pregunté sin comprender

—Bueno sí, creo que por una pequeña crisis de fe. Nada grave, es joven y eso a veces nos pasa cuando adoptamos la fe como modo de vida, ¿sabe?

—¡Oh claro entiendo! —dije sin comprender.

—Pero no se preocupe, supongo que no tardará en volver. Mientras tanto me gustaría hablar con usted, pero como lo que quiero contarle es delicado, preferiría hacerlo en secreto de confesión si le parece.

—¿Quiere contarme algo? —dije de nuevo sin comprender mientras me señalaba el camino al confesionario.

Una vez sentado y yo arrodillada a su lado en la gran silla comenzó la conversación.

—Ave maría purísima —dije a modo de comienzo.

—Sin pecado concebida —respondió comenzando así el ritual—. Verás hija, el padre Fabián me habló de usted, ¿sabe?

—¡Ah sí! —exclamé sintiendo como el rubor que me subía desde el pecho me ponía la piel de la cara tan caliente como si tuviese fiebre.

—Sí, bueno, verás es que yo confesaba al padre Fabián y entre sus dudas acerca de la fe me habló de ti hija, pero no te apures no te voy a echar nada en cara. En el fondo todos somos humanos y los curas no nos distinguimos mucho del resto de almas, ¿sabes?

Allí arrodillada, en el silencio sepulcral de la iglesia, sólo oía el canto de los pájaros en el soleado día que hacía en el exterior de esta.

—Le confieso que en parte sus dudas acerca de la fe tenían que ver con la relación entre ambos —añadió dejándome desarmada.

—¡Oh padre, yo no quería que eso pasara...! —le dije entre sollozos.

—¡Claro que no hija, las cosas pasan y eso es el destino! Simplemente nos toca lidiar con ellas, nada más.

—Bueno padre, lo siento, espero que Fabián esté bien.

—No pasa nada mujer, verá como en el retiro tendrá tiempo para recapacitar y se sentirá con fuerzas renovadas para retomar su labor.

Mientras tanto me gustaría que se uniese hoy a mí en un rezo por su alma, ¿lo haría?

Su petición me extrañó, pero decidí firmemente desear lo mejor con ello a mi querido Fabián que seguramente estaba sufriendo como yo en aquellos momentos.

Nos dirigimos al último banco al fondo de la iglesia, el más próximo al confesionario y nos arrodillamos uno junto a otro.

En aquel momento entró la misma vieja que hacía unos días nos sorprendiera una mañana a Fabián y a mí en otros menesteres. Nos miró inquisitivamente y se dirigió a los bancos delanteros, donde se arrodilló a rezar como nosotros. Mientras rezaba junto a aquel padre no podía sospechar lo que ocurriría a continuación.

Súbitamente noté el contacto de la mano del padre colándose entre mis muslos y tímidamente posándose en mi cara interior del muslo. Di un respingo y le miré sorprendida por su acción.

—Tranquila hija, tú secretos están a salvo conmigo, pues Fabián me los transmitió en secreto de confesión, y lo que ahora hemos hablado nosotros está igualmente sellado por el mismo secreto ancestral, lo entiendes, ¿verdad? —me susurró mirándome.

Al oír sus palabras sentí una gran sofocación...

—Pero entonces Fabián se lo ha confesado, ¿todo? —dije poniéndome muy nerviosa.

—Todo hija, estaba tan afligido que necesitaba limpiar sus pecados — volvió a repetir—. Sigamos rezando por él y por ti, no quiero ni pensar qué hubiese pasado si la comunidad se hubiese enterado de vuestros pecados —añadió.

Me giré y seguí rezando, y aquel cura se giró y su mano no tardó en volver a las andadas. Me dejó especialmente perpleja su última frase y deduje que en el fondo no se trataba más que de una amenaza, así que cuando su mano subió por mi muslo hacia mi culo tragué saliva y apechugué con lo que se me venía encima.

—¡Oh hija, vienes sin...! —exclamó el padre cuando contactó con mi sexo peludo y desnudo.

Entonces se santiguó escandalizado con la otra mano mientras mantenía la oculta bajo mi vestido. Allí sus dedos, algo gruesos y cortos se recorrieron mi sexo desde atrás hacia adelante, palpando la esponjosidad

de mi poblado Monte de Venus, mientras yo sumisa, me dejaba hacer con los ojos cerrados pensando en que tenía que mantener el secreto de lo ocurrido con Fabián.

No tardaron mucho en colarse por entre mis labios vaginales y yo, no tardé mucho en sentirme excitada por sus toqueteos. ¡Encima se permitió palparme mi ano con el pulgar mientras con metía el índice en mi raja!

Aquel toqueteo me desconcertó y cuando lo vi sacar su mano y chuparse los dedos con los que me acariciaba sentí asco en un primer momento, pero luego supe el porqué de su acción, su pulgar humedecido se coló en mi ano y su índice humedecido también en mi raja, y con ambos me penetró descarada y discretamente arrodillada en aquel banco al fondo de la iglesia.

Nunca me habían hecho algo así, yo estaba muy azorada tratando de que parase y empecé a empujar su mano hacia abajo para que la sacara, pero él se negaba a hacerlo y apretaba más sus dedos dentro de mí.

Sentir como mi ano era penetrado con un dedo y mi sexo con el otro me hizo perder la sensación de angustia que tenía porque el cura calvo supiese lo mío con Fabián y empecé a odiarle, ¡pero él lo sabía y podría contarlo! Así que con este pensamiento me rendí a la evidencia, ¡era suya!

Abandonada ya a mi suerte, el cura se deleitó con su doble penetración dactilar y sólo paró cuando la vieja se levantó y se santiguó para despedirse del altar. En ese momento la sacó y adoptó la postura de rezo cruzando los dedos con la otra.

Yo miré hacia abajo, sin querer mirar a la vieja, pero en último extremo me vi forzada a hacerlo, pues pudo más mi curiosidad por ver cómo nos miraba, entonces vi reflejado en sus ojos el asombro de quien sabe que algo pasa.

Cuando la señora se marchó el cura se levantó y corrió a cerrar la puerta, como ya hiciera Fabián, pero hoy yo era su víctima.

Me levanté y cuando volvió hacia mí le pregunté directamente.

—¡Qué quieres de mí!

—¡No hija no te asustes, yo soy amigo de Fabián y también quiero que seamos buenos amigos!

—¿Amigos? ¡Pero si ni siquiera sé tu nombre! —le espeté.

—¡Oh claro, claro! Soy el padre Dominique hija —dijo cogiéndome la

mano y besándomela para mi asombro.

Entonces se arrodilló ante mí dejándome pasmada y me levantó el vestido para ver mi sexo al aire.

—¡Oh qué preciosidad tienes aquí Claudine! —exclamó el desgraciado.

—¡Esto no es para usted! —dije yo furiosa.

—¡Oh vamos Claudine! Estoy seguro de que podemos entendernos, Fabián me confesó sus pecados contigo, lo sumisa complaciente que puedes llegar a ser —dijo mientras me tiraba de la mano y me hacía caer de rodillas al suelo.

Entonces aprovechó para echarse encima de mí y sujetándome el cuello me levantó la falda y clavó su lengua entre mis cachetes, lamiendo desde arriba, pasando por mi ano y llegando hasta mi húmedo sexo.

Confieso que este acto sorpresivo me desconcertó y sentir de nuevo su lengua clavándose justamente en mi ojal terminó por desarmarme. Aquel sucio cura me lamió el culo con descaro y se colocó detrás de mí cuando yo, sumisa le dejé hacer, para continuar lamiéndome el culo y penetrándolo con su lengua al tiempo que con sus dedos regordetes me follaba mi sexo.

A cuatro patas, al final de la iglesia miré el altar y pensé en el pecado que cometíamos, si bien ya lo había hecho allí mismo con Fabián, hoy fui consciente de lo pervertida que me había vuelto dejándome lamer ahora por el padre Dominique.

Tanto lamió y tan bien me penetró con sus dedos mi culito virgen que consiguió lo impensable, que allí mismo convulsionara y sintiera un desgarrador orgasmo mientras gemía con su lengua en mi culo y no paraba de abrirlo y contraerlo mientras él me penetraba además mi sexo.

—¡Oh hija, ves como podíamos entendernos! —dijo el muy bribón mientras se bajaba los pantalones y de rodillas sentía su barriga caliente en mis frías nalgas.

Pero sus intenciones no eran nada clásicas, sentí su virilidad presionarme el ano que tan ávidamente había lamido y dilatado como lo tenía tras hacerlo con dos de sus dedos no tardó en colar su deseo dentro de mí por aquella parte. Sentí como ésta se expandía dentro de mí y penetrándome con duras embestidas comencé a balancearme adelante y atrás mientras caía rendida y me apoyaba con la cabeza en mi antebrazo, dejándome penetrar culeramente para mayor gozo y disfruté del cerdo

Dominique que había conseguido dominarme de aquella manera.

Finalmente sentí su estallido en mi interior, acompañado por un gruñido desgarrador, con las uñas clavándose en mis nalgas desnudas mientras se quedaba quieto y me penetraba después más lentamente, espasmódicamente hasta caer rendido en mi espalda de nuevo.

Todo había acabado, sucia y ensartada por mi agujero virgen me dejó allí tirada en el suelo y se levantó para guardar sus vergüenzas. Yo me incorporé más tarde y sin querer mirarlo me giré.

Entonces él me sujetó la barbilla y me habló...

—¡Oh hija, tengo grandes planes para ti y para mí! —exclamó para mayor vergüenza mía.

No quise decir nada, simplemente me marché y tras abrir el gran cerrojo pintado de negro salí a la luz de la calle y me deslumbré ante la cegadora luz del medio día, viéndome obligada a entornar los ojos hasta que éstos se hubieron acostumbrado.

Y lo peor de todo es que cuando quise darme cuenta, ¡noté que “algo” me caía por la cara interior del muslo! ¡Así que apreté el paso para llegar a casa lo antes posible y así poder lavarme!

Nunca pensé que mi primer orgasmo culero lo iba a tener con un cura chantajista, gordo y calvo, pero he de admitir que me comió el culo y me lo folló como nadie había hecho antes. Y lo que es peor aún: ¡me encantó!

No quise contarle nada a René, pues conociéndolo era capaz de darle una paliza a Dominique y yo no quería que esto ocurriese, así guardé para mí el secreto y en los siguientes días lidié con mi acosador.

Dominique no tardó en aparecer por el comedor social en cuanto se enteró que yo trabajaba allí y así consiguió llevarme un día al almacén donde insistió en comerme el coño largo rato. Tuve que admitir que su lengua era incansable y que junto con sus labios obraba maravillas en mi sexo. Yo encontraba especial gozo cuando su boca chupaba mi clítoris con sus labios, llegando a correrme en unos minutos mientras me lo hacía.

Luego me puso a cuatro patas, sobre los mismos sacos de patatas donde Fabián me tomase y tras dilatarme el culo con su larga lengua y sus dedos regordetes, me lo folló con su verga más menuda que la de Fabián, algo que sin duda mi ajustado ojal agradecía.

Le encantaba follarme por el culo, siempre el culo, así aprendí a disfrutar de esta oscura práctica sexual y a disfrutar de ella mientras me frotaba el clítoris bajo él discretamente, para que no notase que me entregaba en exceso.

Cuando se corría gruñía como un cerdo y así empecé a llamarle, el cerdo follador, aunque esto implicaba que yo era la cerda que se dejaba follar por él.

Aquella mañana me folló bien, de modo que cuando volví al comedor sentí molestias en mi ajustado ojal, aunque admito que me recreé en los recuerdos de nuestro fugaz encuentro en el almacén.

Lo que sí noté esta vez, fueron las miradas de otras mujeres, todas sospecharon algo, también mi amiga Faustine, que llegó a preguntarme qué había hecho tanto rato en el almacén. Yo di la callada por respuesta, pues, ¿qué otra cosa podía hacer?

Me encontraba entre la espada y la pared. Por un lado, Dominique me chantajeaba con airear el idilio con Fabián, algo que le perjudicaría mucho en su carrera, por otro él acosándome y follándome cuando le venía en gana, levantando sospechas en otras mujeres que tarde o temprano acabarían por pillarnos.

Así que me dejaba llevar por la corriente, como el tronco que arrancó el rayo del árbol y que flota por el río con la esperanza de que algún día que varado en un meandro o que termine en el mar donde ya nada importe.

Una mañana estaba sentada en la misma mesa de mármol de la sacristía, con una pierna por encima del hombro de Dominique mientras este me follaba el culo y yo me sujetaba a su nuca para no caerme. Y en el frenesí de la fornicación me hizo una confesión que no esperaba...

—¡Oh Claudine, qué culo tienes, magnífico! El tonto de Fabián se sentía culpable cuando te intentaba penetrar por ahí me confesó un día. Menos mal que llegué yo para follártelo bien y lo aparté de ti, él no te hubiese sabido valorar como yo...

—¡Cómo dices, lo apartaste de mí! —grité tras oír su confesión.

—¡No, no, eso es metafóricamente! —se apresuró a rectificar.

Entonces caí en que Dominique bien podía haberlo influido para dejar la iglesia y así efectivamente apartarlo de mí. Fue tal la furia que nació en mi vientre y subió por mi pecho hasta mi cabeza, que le solté una gran bofetada cuando no se lo esperaba.

Esto le hizo retroceder y entonces atacué de nuevo y con garras y dientes le arañé la cara de un manotazo, cruzándosela con tres de mis uñas desde la frente hasta la mejilla.

—¡Hijo de puta! ¡Fuiste tú, fuiste tú quien lo apartaste de mí! —le grité furiosamente mientras le golpeaba y él se protegía su herida cara—. ¡Nunca más, me oyes, nunca más me tendrás!

Salí de allí corriendo antes de que éste reaccionase y volví a casa para llorar durante el resto del día y gran parte de la noche, a escondidas de René, para que éste no me viese.

16

Sin saberlo aquel día firmé su sentencia, Dominique trató de ocultar su herida en la cara lo mejor que pudo, pero como luego me dijo Faustine, era evidente que “una gata” le había arañado. Pronto la voz corrió de boca en boca y el arzobispo se enteró de lo sucedido, nadie supo que fui yo, pero por dentro me alegré enormemente cuando me enteré de que lo habían trasladado de provincia, porque esa era la forma que tenía la curia de arreglar ciertos asuntos de fe de sus sacerdotes.

Pero como suele decirse, la venganza es un plato que se sirve frío y yo quedé igualmente desolada y sola tras todo aquello. Recordando ya vagamente la aventura que tuve con un joven cura llamado Fabián.

Trataba de masturbarme para hallar cierto consuelo, pero nada me inspiraba lo suficiente para gozar como lo había hecho hasta entonces. René sabía que me pasaba algo y trataba de animarme. Incluso Faustine me visitaba con frecuencia y trataba de que saliese con ella para entretenerme, pero yo siempre rehusaba hacerlo.

Y así, poco a poco me fui recluyendo en mi casa, sin querer salir, sin querer ver a nadie. Mi hijo se preocupaba por mí, y también intentaba sacarme de casa con cualquier excusa, pero yo me negaba a hacerlo.

Pero una mañana en la que aún dormitaba en mi habitación escuché el timbre de mi puerta, un suave toque y nada más. Creí que había sido un sueño y seguí durmiendo hasta que otro suave toque sonó y me confirmó que era en la vida real y no en mi mundo onírico donde se escuchaba. Pensé, que sería algún vendedor ambulante que quería venderme cosas que no necesitaba, así que seguí durmiendo. Pero el visitante siguió insistiendo y una tercera vez el timbre sonó, esta vez un tiempo más largo y ya sentí curiosidad, por quien tanto insistía en llamar a mi puerta.

Me levanté y me puse la bata sobre el pijama. Con los ojos aún entreabiertos fui dando tumbos por el pasillo hasta que llegué a la puerta y abrí sin pensar quien al otro lado podía estar.

La sorpresa fue mayúscula, pues al otro lado apareció una sonriente Desirée que se había pasado a hacerme una visita.

En seguida su cara cambió al verme, debía tener un aspecto penoso,

toda despeinada, con cara de cansada, somnolienta y recién levantada.

—¡Claudine! ¡Qué te ha pasado! —dijo ella con voz preocupada.

Cogiéndome por el brazo, como si fuese a caerme en cualquier momento, me introdujo en mi casa y cerró la puerta. Me acompañó al salón y se sentó a mi lado, aún casi sujetándome mientras yo sentí una profunda pena y vergüenza, porque ella me viese en ese estado. Y lo único que pude hacer fue empezar a llorar, como una fuente que libera el agua que contiene, mis ojos liberaban lágrimas que eran incapaces de contener.

Lloré sin motivo en el hombro de Desirée, quien me consoló y no le importó que mojase su blusa con mi llanto.

—¡Oh cuanto lo siento Desirée! —musité entre sollozos.

—¡No pasa nada Claudine! Déjalo salir, déjalo salir todo, no es bueno quedarse esas emociones tan negativas.

Y seguí llorando en su hombro, hasta que mis lágrimas dejaron de manar y me sentí aliviada. Separándome ya de aquel hombro amigo fui consciente de que la había puesto perdida con mi llanto.

—¡Oh Desirée, te he manchado tu bonita blusa! —musité una vez más.

—¡Bueno no importa, aunque si me prestas una blusa mientras esta se seca te lo agradecería! —dijo sonriendo sin darle la mayor importancia.

Así que me levanté y fui hasta mi cuarto, no sabía que darle pues toda mi ropa me parecía horrorosa para una mujer tan bonita como Claudine. Finalmente cogí la que me pareció menos fea y volví al salón.

Allí Claudine ya se había quitado su blusa y lucía un bonito busto de piel blanca y nacarada, con sus pechos menudos, cubiertos por un sujetador de encaje que dejaba transparentar sus finas areolas sonrosadas bajo la tela.

—No tengo nada bonito para ti, ¡lo siento! —le dije tendiéndole aquella blusa que me seguía pareciendo horrorosa.

—¡Eres muy exagerada! No está mal —dijo ella abriéndola y metiendo sus finos y largos brazos para cubrir su piel desnuda.

Yo me quedé allí callada, viendo cómo se vestía, sin saber qué decir ni qué hacer en ese momento. Entonces ella tomó mi mano y me invitó a sentarme a su lado.

—¿Qué te pasa, estás mejor? Pasé por el comedor y me dijeron que hacía tiempo que no ibas, me preocupé por ti y por eso vine a verte —dijo

Claudine.

En ese momento comencé mi historia, le hablé de mi aventura con Fabián, de mi desventura con Dominique, de cómo me había sentido follada y ultrajada por este último y de cómo había acabado todo.

Ella escuchó muy atenta. Desirée era una persona que sabía escuchar. Y cuando le conté la escena final, en la que como una gata arañé a aquel calvo gordo que me follaba por detrás, Desirée no pudo evitar estallar entre risas.

—¿En serio que le hiciste eso? —me preguntó enjugándose las lágrimas tras las carcajadas que le había provocado mi descripción.

—Sí, no pensaba que fuese nada gracioso, pero al verte reír he caído en la cuenta de que sí, ¡es muy gracioso! —dije yo sintiendo gran alivio tras la confesión y riéndome con ella—. Arañé a aquel gordo hijo de puta como una gata salvaje —añadí y seguimos riendo con ganas.

Esto me hizo sentir mejor y me relajó.

—¡Oh Desirée gracias por venir! Aunque me da vergüenza que me veas así, sin arreglar y hasta sin duchar le dije yo mientras le acariciaba su bonito pelo rubio.

—¡Nada de eso me importa Claudine! He conseguido que vuelvas a sonreír y eso ya es un regalo para mí. Cuando me abriste la puerta me asusté, ¿sabes? Te vi tan triste con esos bonitos ojos que tienes hundidos en tu rostro, que me preocupé mucho —me confesó Desirée mientras jugueteaba con mi pelo enredándolo entre sus dedos junto a mi oreja izquierda.

Estábamos sentadas en el sofá, una junto a la otra, giradas cara a cara, mientras el silencio se hizo incómodo. Fue ella la que rompió la corta distancia que nos separaba, se acercó y me besó suavemente, sus labios rozaron los míos en un gesto que me pareció delicioso.

Cuando se separó, fui yo la que quise experimentarlo de nuevo, me acerqué volví a probar sus dulces labios. Entonces Claudine abrió su boca y arropó mis carnosos labios con los suyos, finos y delgados, me cubrió la boca con ternura y sentí su corazón palpar en mi pecho al abrazarnos y juntar nuestros senos.

Su respiración se aceleró súbitamente, sentí la calentura de su hálito en mi boca. Los siguientes besos fueron desesperados, como si quisiera tragarme con su pequeña boca. Sentí su palpar entre mis brazos, la sentí

temblar en mi abrazo, aquella gatita presumida me deseaba de verdad.

—¡Tranquilízate chiquilla, que parece que el corazón se te va a salir del pecho! —le dije poniendo mi mano en su pequeño seno.

—¡Oh Claudine es que creo que siempre te he amado! —me confesó para mi sorpresa.

Y tras su confesión nos abrazamos de nuevo y nos besamos con pasión, entonces ella hico algo nuevo, me metió su lengua en la boca y sentí el calor de su saliva mezclándose con la mía en acto delicioso.

Cuando nos separamos ambas respiramos un poco aceleradamente, yo también me empezaba a emocionar y sentía el nerviosismo de lo prohibido, ¡estaba besando a mi exnuera!

Y mientras nos recuperábamos siguió confesando sus sentimientos hacia mí.

—Recuerdo lo amigas que éramos, nos recuerdo cocinando para René mientras charlábamos y yo secretamente deseándote, queriendo abrazarte y besarte. Antes siquiera de pensar en amarte una mujer puede amar a otra mujer.

—¡Oh Claudine, no sé qué decir! —exclamé asombrada por sus palabras.

—Pues no digas nada, ¡sólo sigue besándome!

Nuestras bocas se saboreaban con avidez, mientras nuestras lenguas juguetonas se buscaban y huían en un juego tremendamente sexi y caliente.

Yo sentía la tremenda excitación de Claudine mientras la abrazaba, ella seguía temblando y yo trataba de calmarla acariciando su cuello y su espalda. Todo me parecía tan nuevo y tan extraño al mismo tiempo que descubrí que yo también estaba temblando ante la sensación de explorar territorio desconocido para mí.

Su mano se introdujo bajo mi pijama y bajó hasta colocarse entre mis muslos, allí me acarició suavemente mi sexo a través las bragas. Para mí fue toda una sorpresa, sentir ahí la caricia íntima de otra mujer, no me imaginaba qué sentiría a continuación, pero la sensación de vértigo que me provocaba acrecentaba mi excitación por momentos.

Entonces su mano subió e intentó colarse bajo el elástico de mis bragas, entonces supe que debía detenerla. Ya no recordaba la última ducha que me había dado, ¡y ella olía tan bien!

—¡No espera! Estoy sin duchar y me da mucha vergüenza que me toques así —le espeté asustada.

—¡Pues eso tiene solución, vamos y yo te ducharé! —me susurró al oído haciéndome cosquillas.

Me acompañó por el pasillo hasta el baño, allí abrió el agua caliente y girándose hacia mí me invitó a desnudarme mientras yo pasivamente la miraba curiosa.

Primero me desató la bata, luego fue desabotonándome cada botón del pijama de franela que llevaba, desde abajo hasta arriba, al contrario de la que era mi costumbre, de modo que cuando terminó en mi cuello la tela se abrió bajo la presión de mis gruesos senos que igualmente se abrieron, uno a cada lado.

Me miró el escote y sonrió, su mano suavemente recorrió mi esternón y curvando me cogió uno de mis senos para suavemente apretarlo en su palma. Esto no me produjo una especial excitación, pero ver la ternura con que lo hacía me conmovió, así que le acaricié su bonito pelo.

Desirée me cogió el elástico de la cintura y tiró hacia abajo, de modo que descubrió mis braguitas color canela, lisas y cómodas para dormir. Él pantalón de mi pijama calló al suelo y yo salí de él colocando mis pies sobre la tela para evitar el contacto con el frío suelo.

Entonces miró mis bragas y con palpable excitación las bajó muy despacio. Entonces pareció asombrarse al ver mi pelambre, mi poblado y enmarañado monte de Venus. Yo sentí vergüenza y puse mi mano para cubrir mi vello, pero ella la apartó con delicadeza y siguió contemplándome.

—¡Me da vergüenza, tengo muchos pelos! ¿Verdad? —le dije muy azorada.

—Oh no, sólo me parece curioso, yo lo tengo depilado, ¡mira! —dijo retirándose su pantalón elástico y bajando al mismo tiempo sus braguitas para enseñarme un pubis de aspecto adolescente, con un vello muy corto, pulcramente pelado.

—¡Qué bonito es! —dije yo asombrada.

—¿Quieres que te lo pele? —se ofreció para mi sorpresa.

—¿En serio, lo harías?

—Si, vamos a la ducha y primero te asearé, ¿vale?

Asentí con la cabeza y me metí en la bañera cogiendo su mano, como si

fuese el comienzo de un baile en la corte francesa del siglo XVI. Y con el baile comenzado, con movimientos pausados, Desirée tomó la ducha y me regó con ella, mientras su mano frotaba por donde el agua chocaba con mi piel.

Tras mojar mi piel tomó la esponja, puso en ella una generosa razón de jabón y la mojó con abundante agua caliente estrujándola suavemente para que hiciera espuma.

Ahora vino la parte más sensual hasta el momento, pues con la esponja me recorrió todo el cuerpo. Primero por delante, comenzó por mi cuello y fue bajando hasta mis grandes pechos, deteniéndose especialmente en estos, yo veía como sus ojos se abrían mientras me los enjabonaba con una mano y con la otra los levantaba para frotarme la piel bajo ellos. Luego mis axilas, algo que también me dio algo de vergüenza pues tampoco me las depilaba.

Llegado el momento bajó hasta mi monte de pelos y lo frotó embadurnándolo con abundante espuma. Tras lo cual, con su mano libre la esparció hasta mis ingles y deslizándola bajo mi sexo, sus dedos se hundieron en mi surco y esta sensación me chocó, pues nunca me había tocado tan íntimamente una mujer, además de eso se recrearon en aquellos tocamientos obscenos y ahí reconozco que comencé a sentir placer.

Pero sólo fue un anticipo, pues me pidió que me girase y siguió enjabonándome la espalda. Y lo mismo cuando llegó a mi culo se entretuvo en pasarme la esponja entre mis muslos, haciéndome abrirlos hasta que pudo pasar cómodamente de atrás a delante y con más jabón su mano desnuda corrió desde mi ano hasta mi sexo, mientras sus dedos traviosos amenazaban con penetrar mí ya encharcado surco.

Entonces buscó una cuchilla de René y unas tijeras del mueble del cuarto de baño. Primero cortó mi vello púbico con cuidado y luego con la cuchilla rasuró mis ingles hasta terminar de darle un aspecto más juvenil. Yo me toqué y noté la suavidad de mi piel cuando había acabado mientras ella buscaba un espejo de mano para mostrarme el resultado.

—¡Ciertamente preciosa! —me dijo mostrándome su obra.

—¡No es para tanto, pero admito que ha mejorado! —dije yo emocionada.

Luego me rasuró las axilas y finalmente me aclaró con abundante agua

caliente.

Cuando salí de la ducha y lie mi cuerpo en una toalla, Desirée me besó apasionadamente y mientras lo hacía su mano se coló entre mis muslos y me acarició en lo más íntimo, sintiéndome tan mojada que éstos resbalaban sin oposición ninguna, deseando que me penetrase con ellos, pero no lo hizo.

Me condujo hasta mi cuarto y allí me tumbó entre las sábanas, apartando la toalla y dejándola sobre una silla donde solía desvestirme.

Ante mí se desudó, poco a poco, prenda a prenda, con una tremenda sensualidad. Primero la blusa, dejándome ver otra vez su bonito sujetador, luego el pantalón elástico mostrándome un precioso tanga negro, y finalmente su ropa interior cayó al suelo mostrándome su precioso y joven cuerpo.

Entonces puso la rodilla sobre mi cama y como una gata anduvo sobre las sábanas hasta cubrirme con su cuerpo menudo, sentí su claro, su piel quemando la mía y me besó apasionadamente. Yo estaba como en una nube cuando sentí su muslo rozarse contra mi sexo y su sexo rozarse contra mi muslo.

Sentí especial goce en este frotamiento íntimo y ella siguió comiéndome la boca mientras yo comenzaba a jadear de placer.

Bajó y chupó mis tetas, puso duros y gordos mis pezones, y siguió abajo y allí mismo su lengua se coló en mi raja y me sentí estallar de gozo. Su boca era tan complaciente allí abajo como lo había sido en mis labios. Nunca antes una mujer me comió el coño y pensé que ninguna otra vez sería como aquella primera vez.

Y mientras en esto andábamos, extasiadas en nuestro gozo, no notamos la presencia que había llegado, hasta que vi su verga, larga y henchida no fui consciente de la amenaza que esta entrañaba.

Mi hijo René apareció a los pies de la cama, entiéndase esto último literalmente, pues la mayor parte del tiempo Desirée hacía que mantuviese mis ojos cerrados, mientras bebía mis jugos allí abajo entre mis muslos y cuando lo vi me sobresalté.

Entonces Desirée se dio cuenta y se volvió para verlo abalanzarse sobre ella de espaldas y boca abajo entre mis muslos.

Como un tigre agazapado, René saltó encima suyo y ante la estupefacción de ella, la agarró por la cintura e hizo que su verga

desapareciera en su sexo lubricado por la máxima excitación despertada mientras nos amábamos.

Su grito fue desgarrador, mezcla de placer y sorpresa y comenzó a resistirse en vano, como la gacela que es apresada por el guepardo. Mientras yo me quedé paralizada y no hice nada para ayudarla.

Su follada fue muy rápida y agresiva, Desirée, intentando huir de él terminó acercándose a mi pecho esperando que todo acabase. Mientras mi hijo, aferrándose cintura menuda y la follaba con tremendas embestidas, zarandeándola como una bestia.

Todo fue muy rápido, muy visceral, entonces volví en mí y le grité a René que parase, que la dejara en paz y se marchara, pero no me escuchó. No era capaz de oír, ni de ver lo que hacía, el instinto animal se había apoderado de sus actos, las hormonas de su conciencia y la testosterona conducía su instinto básico: ¡follar! ¡Follar!

Finalmente, René gruñó como un búfalo tras una estampida y dejó de moverse rítmicamente para pasar a hacerlo espasmódicamente, dando enérgicas culadas y quedándose quieto a continuación, para volver a activarse un instante después, con cada espasmo de placer, apurando sus últimas andanadas de semen dentro de su ex.

Entonces todo se detuvo, los tres quedamos como como congelados en el tiempo y el espacio, ¡Claudine saltó como una gata y girándose le arreó una bien merecida bofetada! ¡Como hice yo frente a Dominique! Tan fuerte le dio y tan desprevenido lo pilló, que lo tiró de la cama, cayendo éste de espaldas. Y sin darle tiempo a reaccionar cogió la ropa que había tirado al suelo para desnudarse ante mí y huyó de la escena, no sin antes dedicarme una furiosa mirada con sus ojos enterrados en lágrimas. Sin duda esto fue lo que más me dolió en el alma de aquel día, recordar esa mirada acusadora por siempre.

Yo me quedé allí parada, pasmada mientras veía como René se levantaba. Entonces mi mirada se clavó en su verga, roja como un pimiento, grande y poderosa, algo curvada hacia la izquierda, como una anaconda —pensé—, palpitante ante mí.

Luego fui consciente de que él también me miraba, allí obscenamente espatarrada, con mi sexo depilado, con sus labios abiertos por la lengua ávida de Desirée, con mis grandes pechos desnudos, con sus pezones gordos y duros... ¡Y horrorizada me cubrí con la sábana

—¡Vete! —le grité señalándole la puerta.

Ese día tardé en salir de la cama, pero finalmente lo hice, salí al mundo y fui a buscar a Desirée a su casa. Estaba tan apenada por lo que René le había hecho, pero no la hallé, por más que toqué a la puerta esta no se abrió y caída ya la tarde abandoné la esperanza de pedirle perdón por lo que le había hecho mi hijo y por lo que yo había permitido...

Los días siguientes volví a mi trabajo y al comedor social. Por algún motivo me sentí animada a hacerlo, pues, ¡el mundo era un lugar lleno de sorpresas que merecía la pena explorar!

Aún me acordaba de los calientes momentos que disfruté con Claudine, de las sensaciones que me provocaban sus besos, sus caricias íntimas, su lengua recorriendo mi piel y bajando allí abajo para sacarme cada gota de emoción a base de intenso placer.

Estos tórridos pensamientos venían a mi mente y cada noche me masturbaba pensando en ella. En cómo su sexo se frotaba contra mi muslo mientras me comía la boca, en cómo su lengua recorría mi surco antes de que René irrumpiera en nuestra habitación y follara tan repentinamente a mi amante.

Esta parte de la historia también me provocaba sentimientos encontrados, por un lado, sentía el rechazo que le provocó a Claudine y por el otro, me provocaba intenso morbo al pensar que habíamos compartido amate.

Pensaba en su poderosa erección, en cómo penetraba des atrás a una pobre Claudine que luchó para evitarlo pero que finalmente se rindió al macho que la sometió hasta correrse en su interior.

Una imagen se repetía constantemente en mi mente, mi hijo frente a mi tras la apresurada huida de Claudine, mostrándome sin vergüenza su generosa erección, su glande rojo como un pimiento, hinchado tras penetrar la flor de Claudine, con su pecho subiendo y bajando tras el esfuerzo de sometimiento de su ex, ¡mientras su mirada se clavaba en mi sexo recién depilado!

Esta escena se repetía una y otra vez en mi mente, acosándome, atormentándome. Me acariciaba mi sexo depilado y suave, afeitado con esmero por mi desde entonces y me imaginaba la cara de asombro de René al verme desnuda tan desnuda frente a él, como él frente a mí.

No hablamos del incidente, en los días siguientes nos veíamos por casa y hablábamos de otras cosas. Él seguía con mi amiga Faustine y a veces venía de madrugada, tras sus encuentros en su casa. Yo cenaba sola y me

acostaba sola y esto me pesaba. Pues me había acostumbrado a su presencia en la casa. Parecía que les iba bien como pareja y sin duda eso debía alegrarme.

En esos días vinieron de visita unas mujeres que colaboraban en la misión que la iglesia tenía en África y con buen criterio el nuevo sacerdote, a quien apenas conocía, había decidido que las acogiésemos en distintas casas de las mujeres más afines a la parroquia y al comedor social. Conmigo se vino una joven muchacha de piel muy oscura, como el ébano y durante esos días conviví con ella. Como mi piso era pequeño, durmió en el dormitorio de René, mientras éste pernoctaba con Faustine.

Como ya sabía cómo se las gastaba, le retiré la llave y le prohibí presentarse en casa sin avisar.

De modo que ahora, durante las cenas, conversábamos acerca de su aldea y su gente. Y me contaba historias muy interesantes y en ocasiones muy duras acerca de cómo las trataban los hombres en su país, de los intentos de violación que sufrían, debiendo siempre de ir en grupo a cualquier parte.

Una noche mientras se duchaba le llevé una toalla limpia y al terminar se la ofrecí. Esto me permitió ver su joven cuerpo desnudo. Especialmente llamó mi atención sus enormes y largos pezones negros, nunca vi unos iguales. Tras la ducha se le habían erizado y estaban en todo su esplendor.

Sonriéndole la cubrí con la toalla mientras salía de la ducha y atraída por la curiosidad de su cuerpo de raza negra me quedé a su lado, ayudándola a secarse, como haría una madre con su hija. Ella se extrañó un poco al principio, pero me dejó ayudarla.

Como me llamaban tanto la atención aquellos largos pezones tímidamente los rocé con mis yemas, dando ella un respingo.

—¿Te duele?

—No, es que no me lo esperaba —dijo ella sonriendo.

—¿Los tienes muy largos?

—No sé, siempre los tuve así.

Tras el primer contacto por sorpresa, cogí su pecho suavemente y puse mi dedo índice encima de su grueso pezón, moviéndoselo en círculos con curiosidad.

Nala se estremeció suavemente con mi atrevida caricia.

—¿Te gusta? —volví a preguntarle.

—No, bueno... prefiero que no lo hagas —dijo ella retirándose suavemente la mano.

Entonces me fijé en su pubis, cubierto por corto bello enmarañado, agrupado en islas, en cierto modo a cómo Nala tenía su cabello, corto y enmarañado. Y ni corta ni perezosa bajé mi mano y se lo acaricié.

—Nunca vi un bello así tampoco —dije sonriéndole.

Nala de nuevo se sorprendió por mi caricia y se retiró discretamente dando un paso hacia atrás y sujetándose la mano.

—¡Oh, siento haberte incomodado! —dije yo fingiendo sorpresa.

—No Claudine, es sólo que me haces cosquillas —dijo ésta sonriendo.

—¡Ah vale! —dije ahora mostrándome aliviada y sonriéndole de nuevo—. Es que eres tan distinta a mí.

Luego fuimos al cuarto, donde se puso la poca ropa que traía de las misiones. Fue evidente que necesitaba renovar su vestuario. Así que mientras se vestía, yo seguía mirando su joven cuerpo de color. Para mí toda una novedad.

Decidí llevarla al mercado del centro y estuvimos buscando ropa para ella. Revolviendo entre los puestos fuimos seleccionando desde ropa interior, hasta coloridos vestidos. Sin duda tenía unos gustos extraños, pues le encantaban los colores chillones y estampados llamativos, pero lo cierto es que una vez que se los plantaba encima le sentaban muy bien.

Como hacía calor nos sentamos en una terraza a tomar un refresco. Ella pidió un refresco de cola y yo una cerveza. Me contó que en su país todos querían beber ese refresco y que era como la bebida nacional, aunque allí era cara y no siempre se la podían permitir.

Me fijé en cómo nos miraban tanto hombres como mujeres, con caras extrañas, sin duda atraídos por la novedad de tener en la pequeña ciudad, habitantes de otra raza tan extraña y poco vista en este país en aquellos tiempos.

Tras esto volvimos a casa, donde le propuse a Nala que se probase sus nuevos vestidos. Ella, muy sonriente se desvistió, quedándose únicamente con sus braguitas blancas y alegremente se probó el primer vestido.

—¡Te sienta fenomenal! —le dije acercándome a ella.

Le pedí que se diese la vuelta y la miré por detrás mientras lo hacía.

También me pareció que le quedaba bien, era fresco y con vuelo hasta sus rodillas.

—¡Gracias por los vestidos Claudine! —dijo ella abrazándome.

—¡No hay de qué Nala, es lo menos que puedo hacer por ti mientras estés aquí! —respondí recibiendo su cálido abrazo.

Al sentirla tan cerca de mí, me recordó cuando Claudine me abrazaba y sentí la excitación del momento, así que inadvertidamente cogí sus glúteos, pequeños y duros y la atraje más aún hacia mi pelvis.

Después preparamos la comida, almorzamos y nos quedamos dormitando mientras veíamos una película en el salón.

Para variar tuve sueños húmedos esa tarde, mientras veía flases de su cuerpo desnudo, con esa piel tan negra mientras la acariciaba con mis manos tan blancas en contraposición.

Por la tarde salimos a pasear. Esta vez se puso uno de los nuevos vestidos estampados y llamativos y su aspecto cambió a mejor, luciendo mucho más bonita que en la mañana con sus ropas raídas.

La invité a un helado y de nuevo fuimos el centro de atención en aquella mesa frente a la heladería. Esto comenzó a molestarme un poco así que nos levantamos y la cogí de la mano a para llevarla de nuevo a casa.

Casi sin darme cuenta, la había llevado de la mano todo el rato y cuando ya estábamos cerca caí en ello y en cierto modo me dio de vergüenza, que alguien nos hubiese visto.

Cuando entramos, cerré la puerta y no pude resistirme más y la abracé en el mismo portal y besé sus gruesos labios marrones.

Ella me miró sin comprender mucho y mi segundo beso terminó de confundirla.

—¿Por qué lo haces? —me preguntó con inocencia.

—Porque eres muy bonita y me gustas mucho —dije yo en respuesta—. ¿Te molesta que lo haga?

Nala movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro por respuesta así que tomé de nuevo su mano en la intimidad de mi casa y la llevé al salón.

Allí la senté en el sofá y me eché sobre ella, besándola dulcemente mientras nos abrazábamos hasta notar que le faltaba la respiración, debido a mis insistentes besos.

La dejé respirar mientras me sonreía y luego nuestros labios volvieron a

unirse.

Esta vez acompañé mis besos con mi mano bajo el vestido y acariciando sus suaves muslos abrí sus ingles y me centré en su sexo enmarañado bajo sus braguitas.

Nala gimió, tal vez contrariada por el mar de emociones en el que la estaba sumergiendo y yo ahogué su gemido con mi boca uniéndola de nuevo a la suya ya apartando la tela a un lado hundí mis dedos en su raja húmeda y caliente.

La penetré con mis dedos y luego recorrí su surco con ellos hasta su clítoris para volver a zambullirme en el interior caliente y suave de su cuerpo.

Nala gemía mucho y sus ojos se entornaban con el intenso placer, excitándome aún más a mí, su maestra de placer aquel día.

Arrebatadamente pasional me lancé entre sus muslos, levantándole el vestido y sacándole sus braguitas por los tobillos y mi lengua se encajó en su apretada raja, lamiéndola de abajo arriba. Nala gritó mientras mis labios capturaban su clítoris y lo chupaban sin soltarlo, luego la liberé de tal mortificación y mi lengua de nuevo lamió su sexo abierto.

En ese momento fui consciente del enorme contraste entre el color negro de su piel y el interior rosado de su sexo, me pareció ciertamente curioso, pero con la excitación que sentía no me podía parar en aquel momento, la penetré con uno de mis dedos y mis labios capturaron su clítoris de nuevo, chupándolo mientras movía mi dedo dentro de ella.

Nala no tardó en venirse en mi boca, gimiendo y estremeciéndose ante mi boca como un junco agitado por el viento en un estanque.

Saciada de su sexo me senté a su lado y respiré hondo, no había estado mal —pensé mientras resoplaba para recuperar mi respiración también agitada.

Tras unos minutos de asueto, tomé su mano y la conduje al baño. Allí la desnudé y yo hice o propio, nos metimos juntas a la ducha y nuestros cuerpos se fundieron en un abrazo mientras el agua resbalaba y limpiaba nuestra piel sudada por el paseo de la tarde.

Los ojos de Nala, abiertos como platos, miraban mi piel blanca y sus manos, curiosas como las mías en la mañana, acariciaban mis enormes y blancos pechos en contraste con sus negras y delicadas falanges.

Al igual que yo, sintió curiosidad por mis gruesos pezones, no tan largos

como los suyos, pero muy gruesos en comparación. Así que atraje su cabeza y ésta comprendió mis deseos. Sus labios me chuparon los pechos y el placer corrió de nuevo por mis venas. Tomé su mano y la conduje hacia me raja y ésta me metió sus dedos tímidamente al principio y ante mi insistencia comprendió que quería más así que deslizó dos y luego tres de ellos en mi sexo caliente bajo la ducha.

Quería su lengua, así que casi la obligué a ponerse de rodillas y a horcadas sobre su carita inocente puse mi sexo en su boca y sentí su lengua lamiéndome mientras el agua nos regaba. La sensación fue tan placentera que casi me quedé inmóvil como una estatua mientras sentía los efluvios de placer que me subían desde ahí abajo y se introducían por mis entrañas.

Cogiendo su cabecita apreté esta contra mi sexo y sentí más intensamente su lengua dentro de mí, esto me ayudó a correrme y estremeciéndome bajo la ducha sentí que casi me caía mientras mis piernas se aflojaban, temblando de puro placer y sintiendo espasmos cada vez más fuertes.

Tras esto Nala casi se asustó y mirándome sorprendida la abracé y la besé de nuevo para hacerle ver que estaba muy bien, inmensamente satisfecha con ella.

La llevé a la cama, donde continuamos amándonos de mujer a mujer, joven ella vieja yo, pero ésta no dudó en complacer mis deseos y yo la agasajé con todos los trucos que imaginé mientras me adentraba en el maravilloso y recién descubierto mundo lésbico para mí.

No sé el rato que pasé amándola, solo sé que vencidas por el sueño nos quedamos tan dormidas como desnudas y de aquella manera amanecemos a la mañana del domingo siguiente sobre las sábanas de mi cama.

Los días que pasé con Nala fueron deliciosos, momentos dulces e intensos para recordar al mismo tiempo, como en una montaña rusa subíamos y bajábamos mientras nos amábamos y luego nos relajábamos dando paseos y trabajando en el comedor social.

Pero lamentablemente en esta vida nada permanece igual por mucho tiempo y el día de su partida llegó. Debía volver a África y yo quería acompañarla, pero se me hacía tan distante y tan lejano que tal idea no era concebible por mí en aquel momento, así que con lágrimas en los ojos nos besamos antes de que ella cruzara la puerta para la zona de embarque en el aeropuerto.

Todas las demás misioneras lloraban, al igual que sus familias de acogida, así que nuestro llanto no fue una excepción, sino más bien la norma en aquel día triste.

Y cuando volví a casa, las paredes parecían que habían encogido y la sensación de claustrofobia que sentí me hizo salir a respirar aire fresco, pero mientras caminaba sin rumbo fijo, me di cuenta de que seguía faltándome algo, faltándome la mano de Nala, para pasear juntas por aquellas calles que también conocía, así que volví a mi casa y para mi sorpresa encontré a René cenando mientras veía la televisión como si tal cosa.

He de admitir que verlo allí me alivió, así que cogí una copa de la vitrina y me serví un poco del vino de la botella que había abierto, sentándome con él a la mesa.

—¿Cómo tú por aquí? —le pregunté sonriente.

—Bueno, es una historia un poco larga, que se resume en que Faustine me ha echado —se lamentó René.

—¿Y eso? Yo os hacía tan bien juntos, que me resulta extraño oírte hijo, ¿qué ha pasado?

—Si, nos iba bastante bien juntos, aparte del sexo Faustine es muy dulce y cariñosa, una buena pareja para mí. Pero verás, ayer vino a vernos su sobrino, Alain y cenamos juntos...

» Alain es un chico gordito, risueño y tierno, en eso se parece a

Faustine. El caso es que desde el primer momento la noté muy cariñosa con Alain, y pensé que bueno, es su tía, así que es normal que sea cariñosa con su sobrino.

» De modo que comenzamos la cena. Faustine había preparado un auténtico festín y ellos son de buen saque así que me uní a ellos y disfruté del asado y de la conversación. Alain está en la universidad y de vez en cuando visita a su tía.

—¡Tienes que venir a verme más a menudo Alain! ¿Cuánto hace que no nos vemos? —dijo Faustine mientras cortaba un trozo del jugoso asado y se lo introducía en la boca.

—Pues sí tía, ya tocaba —dijo Alain sonriendo—. Creo que la última vez fue tras mi dieciocho cumpleaños.

—¡Oh sí, qué deliciosa tarta de chocolate comimos, verdad! —dijo Faustine.

—¡Sin duda tía! Eres una excelente cocinera, ya lo sabes.

—¡Oh eso son casi seis meses ya! ¡Qué abandonada me tenías! ¿Es que te ha salido novia?

—No tía, tú eres la única mujer en mi vida de momento —dijo Alain poniéndose colorado.

—Bueno yo no soy celosa, sólo quiero que me lo cuentes cuando la encuentres —dijo Faustine pellizcándole la mejilla suavemente.

» Yo comía y escuchaba su animada conversación, se les veía muy unidos. Y mientras tanto el vino corría en nuestras copas y yo no paraba de rellenarlas.

» Saciada ya nuestra hambre, noté que Faustine comenzaba a estar un poco borracha, así que su lengua se soltó.

—Aquí donde le ves René, Alain es muy listo y habilidoso, lo estudia todo, y cuando digo todo me refiero a todo —dijo sin que pudiese entender a qué se refería.

Estábamos ya en el sofá del salón, con Faustine sentada entre nosotros cuando ella nos puso las manos en las rodillas.

—¡Oh qué feliz soy esta noche, con mis dos hombres rodeándome! —dijo Faustine muy colorada por el vino. Hay algo que me gustaría contarte René, pero no sé si tú lo aprobarías.

—Bueno, creo que si no me lo dices no tendré manera de saberlo —dije yo pensando de qué podría tratarse.

—Para mí Alain es muy especial, es mi único sobrino y siempre he estado muy unida a él —me confesó.

» Esperé a que tomase un poco más de vino y la dejé continuar mientras nos masajeaba la cara interior del muslo a ambos.

—Él es tan tierno y dulce que tiene un encanto especial para mí.

Continuó diciéndome mientras nos miraba a ambos.

—Y para mí sería maravilloso que ambos os entendierais bien, ¿sabes?

—Bueno sí, por mi parte no hay problema Faustine, pero no sé a dónde quieres llegar.

—¡Está bien, está bien! Creo que más que contarlo con palabras será mejor comenzar con actos.

» Y dicho esto se giró y besó a su sobrino en la boca, un beso largo y húmedo, tal vez largo tiempo ansiado desde que el chico llegó a la casa, pero contenido hasta ese preciso momento.

» Yo me quedé pasmado ante la visión de la tía besando al sobrino, pero luego Faustine se giró hacia mí y su boca comió la mía con ansiedad desmedida, se la notaba muy caliente así que mi mano bajó hasta sus muslos y mi dedo exploró su raja tras apartar la cortinilla de sus bragas a un lado. ¡Estaba tremendamente excitada!

» Olvidada ya la sorpresa inicial, Faustine se volvió a su sobrino y de nuevo sus labios se lo comieron casi literalmente mientras mi dedo hacía que gimiese moviéndolo allí abajo.

» El muchacho gozó de la lubricidad de su sexo al igual que había hecho yo antes y su cara fue todo un poema mientras su tía le chupaba el cuello.

» Entonces Faustine se levantó y tras salvar el desequilibrio inicial, provocado por tantas copas de vino, se levantó el vestido y se lo sacó por la cabeza, quedando ante nosotros como una escultura griega a la voluptuosidad, con sus carnes tan blancas como el mármol del que éstas están hechas.

—¡Bajaros los pantalones, que voy a disfrutar de mis dos hombres al mismo tiempo! —nos ordenó.

» Así que el *menage a trois* estaba servido y sólo me quedaba unirme a ellos y disfrutarlo. De modo que me bajé mi pantalón y Alain el suyo, entonces Faustine se puso de rodillas frente a nosotros y cogiendo nuestros miembros los comenzó a masturbar hasta que nuestros glándes brillaron ante sus ojos.

» Primero se tragó el fresón de su sobrino, el cual quedó extasiado y echando la cabeza hacia atrás suspiró profundamente.

» Yo no paraba de mirarlo mientras su tía se la chupaba, el joven ponía unas muecas graciosas, mientras la máquina succionadora de su tía actuaba sobre su más tierna parte.

» Luego me tocó el turno y Faustine se tragó mi verga erecta, deleitándose con sus carnosos y húmedos labios tras comenzar con su sobrino.

» El chaval también se me quedó mirando mientras mi tía me practicaba la felación y aunque tratamos de esquivarnos la mirada no pudimos evitar contactar visualmente.

» Saciada ya su sed, su tía se levantó y se sentó de nuevo entre nosotros, bastante sofocada por el esfuerzo. Entonces tiró de su sobrino y le obligó a besarla en la boca y luego hizo lo mismo conmigo.

» Bajando nuestras cabezas nos llevó uno a cada pecho y nos obligó a chupárselos mientras deliraba de puro éxtasis. Me resultó extraño estar allí junto a un chaval joven comiendo de la teta de al lado la verdad.

—Pero hijo —intervino Claudine—. Todo esto que me cuentas me resulta tan increíble. ¿La tía haciendo un *menaje a trois* contigo y con su sobrino?

—Si madre, muy extraño la verdad, supongo que te resultará increíble, ¿no?

—Me dejas de piedra, aunque admito que la historia es muy excitante, ¡sigue!

—Bueno, pues ahí no acabó todo, al final Faustine nos indicó lo que deseaba, que no era otra cosa que nuestras lenguas en su raja. Así que por turnos fuimos lamiendo su raja, que manaba abundantes jugos. Faustine estaba desatada e insistía en que la lamiésemos a la vez, así me vi chocando con la mejilla del chaval mientras lamíamos sus labios, una situación algo embarazosa la verdad que por suerte terminó cuando le provocamos su primer orgasmo y asombrados nos mirábamos entre sus muslos.

» Fugazmente noté que la mirada del chico se desvió hacia mi verga e instintivamente yo hice lo mismo sin saber muy bien por qué. El caso es que, ¡ya tenía ganas de follar!

» Así que me incorporé y él también, así que como no podía esperar

más me acomodé entre sus gruesos muslos y se la colé en su raja con un ardiente empujón que la hizo gritar de dolor o de placer, no lo sé bien, pero creo que de una manera o de otra le gustó.

» El caso es que mientras le daba embestidas noté como el chico nos miraba y atónito se fijaba en cómo mi polla entraba y salía de la gran raja de su tía.

—¿Quieres metérsela chico? —le pregunté mientras continuaba mi follada.

» Él me miró como extrañado ante mi pregunta y le costó reaccionar, pero finalmente asintió con la cabeza a modo de respuesta.

—¡Venga vamos, te toca! ¡Dale con ganas! —le dije yo.

» Entonces me aparté y el chico se colocó entre sus muslos y se la coló tímidamente comenzando a moverse muy despacio en su interior.

—¡Venga hombre! ¿Eso es lo que sabes hacer? —le dije yo dándole una palmada en el hombro—. ¡Dale con ganas!

» Entonces el chico arreció en sus embestidas y Faustine en sus gemidos.

—¡Me corro! —dijo el chico sacándose y agarrándola con su mano para detener su orgasmo.

—¡Vale, vale, sigo yo! —dije y colocándome la ensarté y comencé a darle duro.

» Faustine gemía como una descosida, estaba más caliente que nunca y me gustó darle después que su sobrino.

—¿Cómo haces para no correrte? —me preguntó tímidamente el chaval.

—Pues le doy duro y no lo pienso, eso sí, si noto que me acerco al final me paro un momento, la saco y respiro, y luego otra vez para dentro —le expliqué gráficamente mientras su tía seguía rendida a nuestras embestidas.

» Le di el turno y el chico trató de imitarme, aunque tras unas culadas rápidas la tuvo que sacar de nuevo pues estaba a punto.

—¡No puedo hacerlo, estoy a punto de correrme! —se lamentó agarrando su miembro.

—No pasa nada chaval, otra posibilidad es follarla despacio, así te dará tiempo a controlarte.

» El chico era de piel tan blanca como la de su tía y estaba gordito, su

pollita era corta aunque gruesa y me fijé en que era tan blanca como el resto de su cuerpo, con un glande sonrosado. Mientras tanto fui metiéndola y sacándola suavemente de la hinchada raja de su tía.

—¿Alguna vez lo has hecho por el culo? —me preguntó el chaval.

» Lo cierto es que aquello comenzaba a parecer un cursillo de sexo, pero no me importó responder a sus preguntas.

—¡Claro! Vamos a cambiar de postura Faustine —le dije levantándola del sofá donde complacida nos recibía entre sus gruesos muslos.

» Faustine se puso de rodillas en el sofá, mirando para atrás, ofreciéndonos su hermoso culo nacarado. Entonces le dije al chico:

—¡Mira cómo le meto el dedo en el culo! Primero lo chupas y luego para dentro —le dije mientras lo hacía y su tía gemía—. ¡Vamos ahora tú!

» El chico me imitó y su tía, caliente se giró para comernos la boca metiéndonos su gruesa lengua, ansiosa de más polla.

—Me encanta que mis dos hombres me metan el dedo por el culo, ¡ahora quiero vuestras pollas ahí! —dijo para girarse de nuevo.

—¡Ves, le encanta! Venga prueba ahora con tu verga —dije yo.

» Alain se colocó y mientras yo le abría las cachas él empujó su ano hasta hacerla desaparecer en él.

—¡Oh, qué ajustado ojal! —exclamó el chaval.

—¡Te gusta eh! A tu tía le encanta casi más que por su raja.

—¡Es delicioso, creo que voy a correrme! —dijo él.

—¡Tranquilo fiero! —dije yo tirándole hacia atrás y sacándosela del culo de su tía.

» Entonces me coloqué y ensarté el culo de Faustine con mi verga, la verdad es que Faustine tiene un culo muy ajustado y suave al mismo tiempo, da gusto follarla por ahí.

—¡Oh hijo qué explícito eres! Por favor, no te recrees tanto en esos detalles —dijo su madre interviniendo.

—Está bien madre —respondió René.

» El caso es que el chaval seguía de cerca mi follada con su tía y su mirada indiscreta empezaba a darme curiosidad.

—¿Desde cuándo te lo montas con tu tía? —le pregunté.

—Pues desde hace unos meses, cuando cumplí los dieciocho, ella mi dijo que me haría un regalo muy especial. Me llamó para que viniera a su casa y lo hicimos. Así perdí la virginidad —me confesó.

—¡Oh, qué buen regalo! —dije yo dándole un golpe en el hombro.

—¡Oh sí, fue fantástico! —dijo él sonriendo.

» Nos intercambiamos y ahora Alain penetró su coño.

—Por el culo no aguanto, me gusta más su raja, es más suave —me dijo sonriente.

—Bueno chaval, tú decides, ella disfruta tanto por un lado como por el otro.

» En ese momento me hizo una confesión que me dejó pasmado.

—¡Qué buena polla tienes! Me encantaría tenerla como tú —dijo para mi asombro.

—¡Oh bueno, pues, en fin, cada uno tiene la suya! —dije yo tras reaccionar.

» Entonces su tía nos interrumpió y nos hizo una petición muy particular.

—¡Venga chicos, ahora quiero vuestras dos pollas en mis dos agujeros! ¿Quién quiere mi coño?

» Así que ella se sentó sobre su sobrino, metiéndose su verga en su raja y yo en su culo y comenzamos a follarla al mismo tiempo.

» Se me hacía rara la sensación de estar follando los dos a su tía, pero lo cierto es que me daba mucho morbo y el chaval parecía tan dulce como ella.

—René, métemela tú también en mi coño, quiero sentir dos pollas, ¡hoy es mi día, complacedme ambos! —gritó Faustine para nuestra sorpresa.

» Fue algo difícil de asimilar para mí, pero encelado como estaba en la situación no lo dudé. Apreté mi verga en su coño y rozándola contra la de su sobrino ambos la follamos. Al principio fue un poco complicado porque no nos coordinábamos, cuando yo entraba él salía y viceversa. Nos hizo falta un poco de práctica coordinarnos para meterla y sacarla al mismo tiempo.

» Su tía comenzó a gemir como una loca y yo a sentir una rara sensación cada vez que me rozaba con el pene de su sobrino en mi glande. ¡Reconozco que me puso a mil, madre!

—¡Oh René, por qué me cuentas estas cosas! —intervino Claudine.

—No lo sé madre, tengo que hablar con alguien, porque esto ha sido bastante increíble y aún lo estoy asimilando.

—¿Bueno y qué pasó? —preguntó Claudine ávida de detalles.

» Pues que el chaval no pudo más y estallo en su interior, regándola con su Leche y mezclándose ésta con mi verga al mismo tiempo.

» Así que sólo me quedó hacer una cosa, acelerar el ritmo y correrme también dentro de Faustine con el roce añadido de la verga de su sobrino mientras ella entraba en éxtasis y sus contracciones nos apretaban las vergas y nos hacían ver que también se estaba corriendo.

» Al final nos separamos y todos quedamos sentados en el sofá, desnudos, sudados y jadeantes.

» Recuerdo que Faustine nos comió la boca una última vez antes de irse a hacer un pis, pues según dijo le habíamos reventado la vejiga con nuestras vergas.

» Entonces nos quedamos solos, Alain y yo.

—¿Te ha gustado chaval? —dije yo para romper el hielo en la incómoda situación.

—¡Jo ha sido la mejor follada con mi tía! —exclamó con absoluta sinceridad.

» Ambos seguimos respirando más pausadamente y el silencio volvió a ser incómodo.

—¿Y a ti? —dijo él.

—Pues también Alain, ha sido inesperadamente increíble —dije yo.

—Te confieso que notaba tu polla dentro de la raja de mi tía y la sensación era extraña —me dijo él.

» Yo callé unos segundos y luego hablé.

—Si, a mí también me ha inquietado eso, pero bueno, vamos a ser buenos amigos, ¿no? —dije con una risa nerviosa.

—¡Oh claro! Me encanta compartir a mi tía contigo —afirmó él.

—A mí, tampoco me importa la verdad, si así tenemos polvos como el de ahora —dije yo.

» Entonces volvió su tía y sin darnos tiempo a reaccionar se arrodillo ante nosotros y nos chupó de nuevo las pollas hasta dejarlas secas.

—¡Oh, mis dos pollas todas para mí! —dijo tras saciar su sed de semen.

» Nos pusimos unas copas y seguimos charlando e intimando para darnos tiempo a recargar. Los tres estábamos desnudos y aunque se me hacía un poco raro, termine acostumbrándome al poco rato.

Fui al baño a hacer un pis y Alain vino conmigo para lo mismo.

Primero apunté yo a la taza y lo cierto es que me costó un poco comenzar, parece una tontería, pero es muy difícil hacerlo si sabes que alguien te mira.

—Lo siento Alain, si me miras no puedo —le confesé finalmente.

—¡Oh lo siento! —dijo él lamentándolo—. Me giro.

Así pude aliviarme.

» Luego se colocó él y podría haberme ido del baño, pero lo esperé, no sé muy bien por qué. Y me fijé en su blanca verga mientras hacía pis, casi sin querer, o tal vez queriendo, el caso es que veía en él su juventud, la inexperiencia y admito que me resultaba hasta cierto punto enternecedor.

» Cuando volvimos su tía volvía a la carga y de nuevo mamadas, hasta que consiguió nuevas erecciones y terminamos copulando de nuevo con ella.

» Ahora el chaval aguantaba más, así que nos turnábamos dándole a su tía por delante y por detrás, mientras el otro se masturbaba y miraba.

» Mientras yo seguía el chico se sentó a mi lado y comenzó a masturbarse de nuevo, no pude evitar fijarme en cómo lo hacía, cómo cogía su pene y se lo movía. En cierto sentido me recordó a mi inocencia a su edad.

» Saqué mi verga de su coño y golpeé su clítoris con ella como si fuese una maza ante la atónita mirada del chaval que se masturbaba viéndome.

—¡Qué bien lo haces Fabién! Me gustaría tener tu herramienta —volvió a confesarme el chico.

» Faustine estaba de espaldas a los dos, de modo que no podía vernos. Así que en un acto inconsciente tomé la mano del chico y la puse sobre mi verga.

» ¡Éste me miró asombrado y no supo qué decir ni qué hacer!

—¡Vaya historia hijo! ¿Y ahora qué hago yo? —le confesé sintiéndome muy cachonda imaginándome las tórridas escenas.

—Bueno, pues el tema no acabó ahí.

» Tomé su mano y la apreté sobre mi verga y la moví masturbándome con la mano de Alain. Este se inquietó y miró a su tía y luego a mí, pero no la retiró.

» Entonces le cogí su polla y comencé a masturbarlo furtivamente ante su atónita mirada. Como su tía se impacientaba y comenzaba a moverse

inquieta se la colé por el culo y seguí follándola ante la atenta mirada del chaval mientras lo hacía.

» Seguí masturbándolo mientras él me miraba cómo lo hacía y cómo se la metía a su tía, entonces ella se giró buscando mi boca y Alain apartó rápidamente mi mano de su miembro erecto.

» La besé con lengua y cuando esta se giró para seguir sintiendo mis penetraciones volvimos a estar “solos”.

» Le di el relevo a Alain y éste prefirió su raja, así que cuando hizo desaparecer su virilidad dentro de ésta, le puse mi miembro de nuevo en su mano, pero esta vez él me masturbó, primero con cierta timidez y luego más firmemente.

—¡Qué buena polla tienes Fabién! —dijo una vez más.

» Comencé a palpar por detrás, el coño de su tía y su verga y cómo esta entraba y salía de su sexo.

» En un acto reflejo me coloqué detrás suyo y metí mi verga entre sus muslos pudiendo rozar la raja de su tía. Esto pareció gustarle y gimió de placer.

» Los tres moviéndonos coordinadamente en un goce silencioso, donde únicamente nuestras respiraciones agitadas rompían el silencio.

» De modo que mientras él penetraba a su tía yo intentaba penetrarla entre sus muslos y nuestras vergas de nuevo se rozaban en un íntimo baile.

» Entonces escupí en mi mano y lubriqué el culo blanco y suave, parecido al de su tía y apliqué mi verga erecta en su ano empujándole con fuerza.

» ¡Él se asustó y comenzó a gritar que parase! Pero ya no podía hacerlo, conseguí penetrar su ano joven y follarlo mientras él follaba al mismo tiempo a su tía. Fueron segundos, pero unos segundos espectaculares, donde me vi sodomizando a un joven tierno mientras este se lo hacía a su tía.

—¡Pero hijo, eso es una barbaridad! —dijo Claudine.

—Lo sé madre, pero fue algo instintivo, noté la duda del chaval y pensé en despejársela y hacerlo yo también.

» Al final me corrí en su culo en él y éste hizo lo mismo dentro de su tía, pues noté sus contracciones anales en mi verga. Algo que sólo había experimentado penetrando analmente a una mujer, pero esta vez era

distinto pues, ¡él era otro hombre!

—Claro, ahora entiendo que te haya echado —dijo de repente Claudine.

—¡Efectivamente madre! Al chaval no pareció gustarle y siguió llorando tras la corrida y su tía comenzó a gritarme barbaridades cuando pudo darse la vuelta y se darse cuenta de lo sucedido.

Apresuradamente cogí mi ropa y cuando me giré los vi allí en el sofá, consolándose mientras yo me alejaba.

—Es la primera vez que se lo hago a otro hombre —dijo René.

—Bueno hijo, supongo que en la excitación del momento tu mente se nubló —dijo ella para animarle.

—Si, pero me gustó, tal vez sea gay y todo este tiempo no lo haya sabido.

—Bueno no te martirices hijo, deja que pase el tiempo y piénsalo con calma.

Así Claudine se acostó aquella noche en su cama y rememorando la caliente y sorprendente historia de su hijo se masturbó y se corrió por todo lo alto, sintiendo ya el recuerdo de Nala como lejano y distante, ¡la vida continuaba siendo excitante y caliente!

En los siguientes días volví a la rutina de limpiar en la casa de los novicios por las mañanas, y a medio día, al comedor social a preparar y servir comidas, para luego fregar cacharros y llegar rendida a casa a eso de las cinco.

Pero una mañana fue distinta. Pues estaba yo limpiando los cuartos de los novicios cuando tuve un encuentro inesperado.

Las habitaciones de éstos son de cuatro camas repartidas en dos literas, cada una de ellas pegada a una pared simétricamente, con una ventana en el centro y una pequeña mesa de estudio, con dos mesillas de noche una a cada lado.

Normalmente los chicos van a clases por las mañanas, momento en el que se aprovecha para limpiar, así que cuando abrí la puerta de aquella habitación, ¡lo último que esperaba ver era alguien dentro!

Pero el chico quedó más asustado que yo, y sacando las manos de debajo de las sábanas no supo dónde ponerlas, hasta que presa de su error vio que éstas habían caído sobre su mástil, convirtiéndose, como por arte de magia en una carpa de circo, donde su pinganillo era el “palo mayor”.

Más rápidamente aún se incorporó de la cama y tiró de la manta a sus pies, ante mis atónitos ojos.

Entonces ambos nos quedamos mirando, cada uno con su sorpresa particular.

—¡Eh, yo venía a limpiar! —dije yo dando el primer paso para excusarme.

—¡Oh, es que hoy me encontraba mal y no he ido a clases! —respondió él a modo de excusa también.

—¿Entonces puedo limpiar? —pregunté desde la puerta, que estaba a los pies de su cama.

—¡Oh, pues no se! Si no le molesto mucho —tosió fingidamente—, puede hacerlo sí.

Así que pasé con la fregona y el trapo que usaba para limpiar. Los novicios hacían las camas y solían ser muy ordenados así que no había

mucho más que hacer en una habitación.

—Creo que he cogido frío por la noche y esta mañana me dolía mucho la cabeza —dijo el chico intentando justificarse más.

—Bueno sí, aún hace fresco por la noche y uno no sabe si echarse la manta porque suda o dejarse sólo la sábana porque le da frío. Yo misma tengo ese dilema cada noche —le expliqué al novicio que seguía intentando disimular la erección bajo la manta.

Me fijé en ella, él se dio cuenta y finalmente levantó una pierna para disimular.

—¿De dónde eres chico? —le pregunté para salir de la incómoda situación.

—¡Oh yo soy de honduras! —contestó él, justificando así su piel morena—. Mis padres eran muy pobres y la orden me reclutó como novicio y me ofreció venir a España a estudiar.

—¡Oh, ¡qué interesante! —dije mientras pasaba el trapo por la mesilla de noche—. ¿Y tú vocación, es firme?

—¿Mi vocación? Pues, no sé —dijo el chaval que no esperaba mi pregunta.

Muchos de aquellos chicos estaban en la orden para poder estudiar un oficio o incluso una carrera, y muy pocos sentían “la llamada”.

—Buena respuesta —dije yo sonriéndole.

—¡Bueno, no es que no sienta la llamada, soy creyente y eso, voy a misa y hago mis oraciones como nos dicen los padres!

—¡No te preocupes! Será un secretito entre tú y yo —le dije haciendo el signo del silencio con un dedo en mis labios.

Decidí ponerle a prueba y cuando me giré para las camas de sus compañeros me aseguré de que mi culo quedaba bien cerca de su cara, además me incliné e hice como si arreglase la cama perfectamente estirada del compañero. Luego me giré desde esa postura y le pillé mirando, ¡cómo no! Le sonreí.

—¡Oh disculpe señora, no quería! —dijo él poniéndose rojo.

—¡Que va chico! Si soy capaz de despertar una mirada en un chico tan joven como tú, es que aún hay esperanza para una vieja como yo.

—¡Bueno, usted no es tan vieja! —dijo el chico.

—¡Gracias! Me lo tomo como un piropo —dije sonriéndole.

—¿Tienes fiebre? —le pregunté como excusa para ponerle mi mano en

su frente, notándola ciertamente caliente, el chico efectivamente podía tener unas décimas, pero nada de fiebre.

—¡Oh, bueno, no sé, me noto caliente! —dijo él.

—Si, ¡caliente sí que estás! —dijo guiñándole un ojo.

—Bueno señora, no se lo diga a nadie, ¡por favor! —me rogó asustándose.

—¡Oh claro que no chico! Sólo estaba siendo un poco pícara —asentí para su sorpresa.

—Es que no la había entendido —dijo él y tras esto soltó un hondo respiro.

—Bueno pues creo que ya he terminado por aquí, ¿necesitas que te traiga algo?

—Quería agua, pero bueno no se moleste ya me pongo el pijama y voy yo —dijo arrepintiéndose de su petición.

—No es molestia, el aseo está aquí en frente.

Tomé su pequeña botella de cristal y fui a llenársela. La llené y la vacié para enjuagarla y mientras el agua corría tuve pensamientos obscenos y me sentí excitada por el sorpresivo encuentro de un chico joven masturbándose bajo las sábanas.

Instintivamente bajé mi mano y palpé mi sexo tras apartar mis bragas, no estaba especialmente húmeda, pero la edad es lo que tiene, en cambio las ganas iban a tope por dentro de mí.

Volví a la habitación y al entrar cerré la puerta dejando la fregona dentro para evitar sospechas y apoyé el palo de la misma en la puerta cruzándolo contra la pared, pues éstas no tenían pestillos.

El chico me miró mientras me acercaba a su lado y me sentaba en su cama ofreciéndole la botella reusada de refresco. Este la tomó, la abrió con nerviosismo aparente y bebió un poco de agua, no pudiendo evitar que parte de esta escapase por la comisura de sus labios.

El silencio era un poco incómodo, así que lo rompí.

—¿Bueno qué, me dejas ver lo que escondes ahí bajo las sábanas?

—¡Cómo dice Señora! —dijo el chico muy nervioso.

—¡Vamos hombre, me estoy insinuando y no entiendes mi idioma! —dije yo y sin esperar mi mano se metió bajo la cobija y como una serpiente se acercó lentamente a sus muslos.

Su piel estaba tremendamente caliente y algo sudada, pero no me

importó, subí por ellos y acaricié su bello hasta llegar a sus calzoncillos, allí, celosamente guardada, su dura herramienta palpitaba bajo la tela.

Cuando mis dedos acariciaron su herramienta sobre la tela el chico se echó hacia atrás, como si se me la fuese a arrancar.

—¡Tranquilo, que no muerdo! ¡Bueno, si tú quieres sí! —dije sonriéndole.

En señal de amistad me abrí la rebeca de lana que llevaba y desabroché algunos botones de la camisa bajo ésta, mostrándole mi sujetador color beige y mis generosos pechos bien sujetos con él.

Sus ojos se abrieron de par en par al verlos.

—¡Nunca pensé que alguien se alegraría tanto de ver mis pechos! —dije sonriéndole.

Abrí más la camisa y mostré mis dos senos enfundados en el gran sujetador que usaba para que el chico pudiese verlos bien.

—¡Qué hermosas! —exclamó el chaval.

—¿Quieres que te de tetita como tu mamá? —dije picaronamente ofreciéndoselas.

El chico asintió con la cabeza sin dejar de mirarme así que me desabroché el sujetador y me saqué las tirantes por las mangas, primero una y luego otra, así no tuve que quitarme la ropa con el frío que hacía allí dentro.

Cuando me vio las tetas desnudas casi le da algo, tragó saliva sin encontrar consuelo y yo le sonreí acercándoselas a la boca mientras las sujetaba con ambas manos, juntándolas.

Mis pezones estaban duros por el frío de la mañana así que cuando éstos rozaron sus cálidos labios fue muy placentero sentir su caliente respiración antes de que éste los abriese y los besase.

—¡Así, chúpalas como si fuesen las de tu mami! —dije yo sintiendo esos primeros tímidos besos.

Me entretuve dándole de mamar un rato hasta que el susto inicial fue remitiendo y cuando sus brazos me rodaban por la espalda y su boca parecía querer tragárselas enteras lo detuve.

—¡Uf! ¿Quedaste ya saciado? —le dije cubriéndolas un poco, pues tenía frío.

Ahora fue mi turno, así que la serpiente volvió bajo las sábanas y extrajo al apretado miembro de los calzoncillos, se la meneé y luego lo

destapé poco a poco viendo como su nerviosismo aumentaba a medida que bajaba la manta, hasta descubrírsele. Efectivamente el chico tenía una buena polla morena.

La cara del pobre era todo un poema, más cuando me vio inclinarme para chupar su íntimo mástil y tragarlo con mí ya experimentada boca.

Me supo deliciosa, con su carne suave, tierna y joven, así que me deleité mamándosela ahora yo a él, Hasta que quedé saciada.

Entonces me incorporé y sacándome las bragas bajo la falda se las di para que las oliese. Él chico lo captó al momento y lo hizo, sin duda algo muy erótico que todo hombre ha deseado desde que su sexualidad se despierta.

Poniéndome sobre él, crucé con mi pierna al otro lado y me senté poco a poco sobre su gran polla, metiéndola despacio en mi coño. Sin duda una experiencia tan deliciosa como sentir esa suave carne entrando en mi boca, fue sentirla entrando en mis entrañas.

Con ella ya toda dentro, comencé a subir y bajar jadeando de puro éxtasis mientras veía como el chico, de ojos negros y blanco contorno no sabía si yo era real o fruto de sus calenturientas hormonas.

Sus manos se colaron bajo mi blusa y sus dedos agarraron de nuevo mis tetas, así que terminé haciendo caso a sus suplicas y me eché para adelante dándole más de mamar, mientras mi culo seguía subiendo y bajando, metiéndose su larga polla morena y sacándosela.

En unos segundos eternos el placer corrió por mis venas, sintiendo la potencia de la juventud correr por ellas, él ansia de la carne y el frenesí que quería ser liberado. El chico, aplastado por mi peso luchaba por empujarme y levantarme y casi lo conseguía, haciéndome partícipe de su ansia y de su empuje.

Pero la inexperiencia se paga y en estos casos su inexperta polla lo pagó entregándome su semen como prenda y tras los instantes fugaces y eternos iniciales sentí sus contracciones debajo de mí, que consiguieron levantarme incluso y entregarse a mi frenesí carnal encima suyo. Yo no me había corrido, pero había disfrutado casi tanto como si lo hubiese hecho.

Con los últimos movimientos míos noté que su gesto se tornaba en dolor, pues su glande debía estar muy sensible tras el orgasmo así que lo liberé de mi raja y descabalgué de su cintura. Recuperé mis bragas y me las puse mientras sentía su semilla caer desde dentro de mí. Podría

parecer algo asqueroso, pero cuando una ha cabalgado un caballo pura sangre, una no se preocupa de los sucios pequeños detalles del momento.

Arropándolo le besé en la frente y le deseé una pronta recuperación. Él me miró esperando algo más, pero no dijo nada, simplemente se quedó contemplándome mientras recogía mi fregona y seguía limpiando el resto de los dormitorios de los novicios. Estaba segura de que mi recuerdo le valdría como inspiración para muchos momentos solitarios.

20

Al principio me resistí, pero luego acabé accediendo y hasta emocionándome con la idea. El único viaje que había hecho en toda mi vida fue el de novios, y sólo fuimos a un hotel en la costa, no muy lejos de donde vivíamos. Tras ese, no habíamos hecho más viajes.

El caso es que René encontró una oferta en un escaparate de una agencia, un fin de semana en un balneario con un descuento del cincuenta por ciento. Así que me propuso que fuésemos para relajarnos y salir de la monotonía del hogar.

A mí siempre me ha gustado eso que ahora llaman la zona de confort y me pone nerviosa salir de ella, por lo que en un primer momento no le hice mucho caso, además nuestra situación económica no era precisamente holgada, pues él no trabajaba y mi asignación como voluntaria de comedor social y limpiando las habitaciones de los novicios no era precisamente generosa.

Aunque René siguió insistiendo y vendiéndome la idea de relajarnos en aguas termales y disfrutar de masajes en un bello entorno en las montañas de los Alpes, así que al final claudiqué.

Fuimos en autobús, por lo que tuvimos mucho tiempo para charlar y ver el paisaje. Disfruté desde el primer momento en que la que había sido mi ciudad desde que tenía uso de razón.

Durante el trayecto le conté mi experiencia con el novicio, entre susurros, pues no quería que los otros pasajeros pusieran oídos a lo que no era de su incumbencia y que sin duda era digno de escucharse.

René me confesó que le pareció un exquisito recuerdo y me animó a que siguiese en contacto con aquel inocente novicio que sin duda no se olvidaría de mí.

Por su parte, desde que se torció la convivencia con Faustine, en el encuentro improvisado con su sobrino con asombroso final, había vuelto al gimnasio y a mi casa, sin nada mejor que hacer durante el día. En fin, yo esperaba que su situación mejorase en el futuro y después de todo, él me hacía mucha compañía y confieso que tras la partida de Nala fue para mí un alivio que él volviese y llenase mi incipiente soledad.

Por fin llegamos y para nuestra sorpresa el balneario estaba a rebosar. Parecía que media Francia se había enterado de la jugosa oferta y no se lo había pensado tanto como nosotros.

Así que en recepción nos dijeron que estaban desbordados y que no les quedaban muchas opciones de alojamiento. Por lo que sólo nos pudieron ofrecer una habitación de matrimonio con una sola cama.

De modo que pregunté a René si le importaba que la compartiésemos y él no tuvo inconveniente en aceptarlo. Después de todo era mi hijo y yo su madre, así que tampoco pasaba nada por dormir un par de noches juntos.

Algo que me sorprendió fue el frío, hacía un frío de mil demonios en aquel pueblecito de montaña. Y yo no estaba acostumbrada a esas temperaturas, ¡en absoluto! De modo que, tras ducharnos, nos dispusimos a meternos en la cama de la habitación.

La habitación era acogedora, pero estaba helada, así que cuando me metí en el acama junto a René, le pedí que se pegase a mi espalda para entrar en calor.

René me abrazaba por la cintura y se acoplaba perfectamente a mi espalda, yo estaba con las piernas encogidas y él también, de forma que parecía que estuviese sentada sobre su regazo.

Juntos, nuestros cuerpos fueron poco a poco calentándose el uno al otro y la sensación de frío fue desapareciendo bajo las mantas, sintiéndome muy calentita y confortable, cuando de pronto noté algo raro pro ahí detrás...

—René, ¿eso que estoy notando no será... una erección? —le pregunté sorprendida.

—¡Ah pues, es que no he podido evitarlo! —dijo él avergonzado.

En ese momento se retiró de mi culo, pero yo me negué a renunciar al calor que su cuerpo me proporcionaba así que le regañe.

—¡No te apartes! ¡Que me muero de frío!

Así que René volvió a mi espalda y su erección a mi trasero. Notaba la presión de su verga en mi culo y éste pareció sentirse incómodo y sutilmente bajó su mano y la colocó para que ésta apuntase hacia arriba, de forma que quedó encajada entre mis cachetes.

—No te apures hijo, no pasa nada —le dije para intentar aliviar la vergüenza del momento.

—Es que al rozarme con tu trasero me he acordado de Faustine y no he podido evitar excitarme madre —admitió con honestidad.

—¿Por qué, es que lo tengo tan gordo como ella? —le pregunté provocando que éste se retractase.

—¡Oh no, no lo decía por eso, lo decía por lo suave y calentito al contacto con mi cintura! —se apresuró a aclarar.

Yo reí y no le di más importancia al tema hasta que empecé a notar que mi excitación también iba “in crescendo...”

—¡Uf René, creo que yo también me estoy alterando con tu cosa apretándome ahí detrás! Anda, vamos a girarnos.

Nos dimos la vuelta de forma que ahora era yo me acoplaba a su espalda y lo abrazaba desde atrás.

—¡Bueno, vamos a dormir! —suspiré.

No sé el tiempo que pasó, pero no pude pegar ojo y en mi descargo diré que el culpable era el miembro de mi hijo, pues no paraba de pensar si estaría aún erecto allí debajo y estos pensamientos impúdicos me desvelaron.

Sutilmente bajé la mano y disimuladamente rocé su pijama...

—Te pillé, ¡sigues excitado! —exclamé en voz alta.

—Me temo que si —admitió mi hijo, quien tampoco podía conciliar el sueño.

—Bueno no pasa nada, yo tampoco puedo dormir. ¿Qué hacemos? —me pregunté a mi misma en voz alta.

Él se encogió de hombros y no añadió nada a mis palabras.

—Oye, ¿y si te masturbas? Así tu pajarito quedará aliviado —le propuse riendo.

—¿Cómo, delante de ti? —preguntó René algo escandalizado.

—Venga hombre, no me negarás que cuando entraste y me viste con Desirée no me miraste mientras ella me hacía lamía mi raja.

René pareció contrariado.

—Bueno sí, admito que te vi desnuda y me excité viendo como René estaba entre tus muslos.

—Pero al final cuando ella se marchó te quedaste mirándome, ¿por qué lo hiciste?

—La verdad es que no lo recuerdo, creo que aún estaba impactado por lo que había pasado con Desirée, yo y tú.

—Allí desnuda con mis muslos abiertos sentí una tremenda vergüenza y por eso te eché de la habitación.

—Si, lo recuerdo madre. Y tú, ¿qué me dices de cuando me viste follando con Faustine y nos expiaste?

—Ya casi no me acordaba René, ciertamente fue muy excitante veros.

—Y luego me confesaste que masturbaste mirándonos, ¿recuerdas?

—Claro que sí, cómo iba a olvidarlo.

—¿No te hubiese gustado participar con nosotros? Igual que cuando lo hicimos los dos con Desirée.

—Hijo lo de Desirée no fue precisamente “participar” —le dije recordando cómo forzó a su ex delante de mí.

—Bueno sí, estoy de acuerdo, pero, ¿a ti te hubiese gustado participar con nosotros?

Por un momento pensé mi respuesta. Allí en la oscuridad, en una cama grande en una habitación fría, caliente bajo las sábanas.

—Admito que fue excitante verte con Desirée, pero si hubieses sido más delicado creo que todos hubiésemos salido ganando.

—Yo creo que no, Desirée me hubiese echado nada más verme allí desnudo. Ella ahora es más de almejas que de rabos.

—¿Por eso terminasteis?

—Si, en cierto modo fue por eso —admitió el con melancolía.

Un largo silencio se abrió entre los dos tras aquellos minutos de confesiones íntimas. Después de todo habíamos compartido amantes, por raro que pueda parecer.

Yo seguía pensando en su verga erecta bajo su pijama, allí a mi lado y me sentía excitada por la conversación que habíamos tenido.

—¿Quieres que te masturbe? —dije sorprendiéndome a mí misma, como si una parte de mi lo desease y otra lo reprimiese.

—¿Cómo dices? —preguntó René, tal vez negándose a escuchar lo que sus oídos le habían dicho.

—Por favor, no me obligues a volver a pedírtelo —le dije.

—No, es que no me lo esperaba —dijo René.

Entonces su mano buscó la mía y asiéndola la condujo hasta su gran bulto, paseándola por encima del pijama. Allí sentí su dureza, lo tenía erecto y apuntaba hacia el techo. Luego tomé la iniciativa y la agarré a través del pijama. René la tenía tremendamente larga y delgada, la

recordaba de las veces que le había visto con Faustine y luego con Desirée.

Desatada introduje la mano bajo el elástico de la cintura y la así a flor de piel. ¡Esta quemaba en mi mano! Estaba tremendamente caliente, casi como si tuviese fiebre y yo la así con fuerza y le masturbé suavemente.

—¡Qué dura está! —dije como una colegiala.

—¿Te gusta? —dijo él por respuesta como si efectivamente fuésemos dos colegiales descubriendo sus sexos.

—Es raro —confesé—. ¿Te gusta que te la toque?

—Es raro —respondió.

Ambos reímos ante la coincidencia de nuestras preguntas y respuestas.

Entonces sentí su mano posarse en mi barriga y deslizarse bajo mi pijama y mis bragas, deslizando su dedo corazón entre mis labios allí abajo hasta llegar a mi hoyito ya humedecido por la conversación previa, ¡gemí!

No contento con esto su dedo entró en mi hoyito y lo abrió a su paso, haciendo que los jugos manasen como si de una fuente se tratase.

—¡No sigas! —le rogué sujetando su brazo—. Esto no está bien —confesé en voz alta.

—Lo siento, tal vez he ido demasiado rápido —dijo René retirando su mano con tan sólo pedírselo.

Yo retiré también mi mano de su pijama, soltando su verga erecta y respirando profundamente.

Ambos nos quedamos en silencio sin saber qué decir ni qué hacer.

—Bueno, tal vez sea mejor que durmamos René —dije para romper el silencio.

—De acuerdo madre, siento lo ocurrido —se reiteró en sus disculpas.

—No pasa nada hijo, la verdad es que me ha gustado y eso me asusta, ¿entiendes?

—Si, a mí me ha pasado lo mismo. Por una parte, sentía el deseo y por otra, me sentía culpable por desearte, ¿raro verdad?

—Exactamente igual que yo hijo. Creo que nos hemos dejado llevar por el morbo —le confesé.

—Admito que ha sido muy excitante madre, ¿no crees?

—Desde luego que lo ha sido hijo.

Un nuevo y largo silencio se abrió entre ambos. Ahora estábamos

tumbados uno junto al otro, mirando al techo, bajo las pesadas mantas habíamos entrado ya en calor.

—Bueno tal vez sea mejor que nos demos la espalda, así estaremos calentitos y podremos relajarnos para dormir, ¿no? —le propuse.

—¡Oh claro, claro! —asintió él.

Poco a poco el sueño nos venció y aunque la excitación siguió latente, nos fuimos rindiendo al cansancio del viaje hasta quedarnos dormidos.

21

A la mañana siguiente despertamos, todo estaba tan frío fuera como la noche anterior así que me regocijé calentita en la cama junto a René. Lo abracé y éste despertó.

—Has dormido bien?

—Si madre, muy bien.

—Tengo hambre, ¿nos levantamos y bajamos a desayunar? —propuse.

Salimos del calor acogedor de la cama y nos vestimos lo más rápido que pudimos. Luego fui al baño, pues tenía mucho pis y me adelanté a él a juzgar por su gesto de contrariedad.

La taza estaba helada así que mis muslos casi no rozaron ésta mientras un potente chorro caía en el centro. De repente le observé mirándome desde la puerta del baño.

—¡Vamos, no seas indiscreto! —protesté.

—Siempre me ha gustado ver a las mujeres hacer pis, me parece un momento íntimo delicioso —confesó él.

—Pues a mi me parece una guarrada —dije yo avergonzada.

Aunque al terminar le cedí el paso y mientras me peinaba en el lavabo, de reojo lo reflejado en el cristal, cogiendo su verga mientras esta soltaba un potente que también caía en la taza blanca y nacarada. Yo también disfrutaba de ese momento de intimidad del hombre y aunque en este caso fuese mi hijo, eso le ponía un punto de morbo.

—Espero que no me estés mirando —dijo el de repente—. Tal vez yo no sea el único voyeur aquí —añadió.

Yo le sonreí a modo de respuesta... me había pillado.

En el desayuno comimos hasta hartarnos, era como si no hubiésemos comido en días. Luego salimos fuera un momento y disfrutamos del hermoso paisaje nevado antes de que comenzase nuestro circuito de spa.

Estaba encantada y disfrutaba enormemente de haber salido de mi zona de confort. También me gustaba disfrutar de aquel paisaje con René, pues desde que había vuelto a casa compartíamos todo, confesiones y amantes incluidos.

La chica se llamaba Camile, era rubia y tenía unos preciosos ojos azules,

su pelo estaba trenzado y sus trenzas formaban dos graciosos moños uno a cada lado.

—¡Hola! —dijo efusivamente para saludarnos.

Nos acompañó para cambiarnos y entrar al circuito de spa.

—Bueno os dejo aquí un ratito y luego vengo por vosotros, ¿vale? —nos dijo la joven.

Al principio sentí frío al ponerme únicamente el albornoz que nos dio encima del bañador que había traído, pero cuando nos llevó a la primera piscina de agua caliente y entramos, ¡fue toda una delicia!

Eso si estaba atestada de visitantes así que no tuvimos mucha intimidad.

Al rato volvió Camile y nos condujo hasta el masaje.

—¡Vaya Camile sí que está esto concurrido! —le dije para entablar conversación.

—¡Uf, estamos desbordados! A quien se le ocurriría poner la oferta del cincuenta por ciento... La semana pasada esto estaba solitario, pues por aquí no vienen muchos huéspedes.

—¡Entonces deberíamos haber venido y no hoy! —reímos nosotros.

Camile nos llevó a una habitación donde había una cama de masajes, ella misma sería nuestra masajista. Primero se puso conmigo y mientras René esperó sentado en un pequeño taburete en una esquina.

—¿Es su hijo verdad? —preguntó Camile con cierto grado de certeza.

—Si claro —hemos venido juntos pues enviudé hace unos años.

—Se le parece mucho —confesó Camile.

—¿Te parece guapo? ¡Está libre!

—¡Oh si! Es guapo, pero yo no busco novio sabe —confesó Camile.

—Pues tú también eres muy guapa, tendrías cola esperando si quisieras.

La chica rio mi ocurrencia.

—Bueno, no todo en la vida gira en torno a los hombres, ¿no cree? —me insinuó.

Algo me dijo que Camile efectivamente no miraba mucho a los hombres.

Su masaje fue muy relajante y mientras estaba tumbada de espalda seguimos hablando.

—Claudine, estás muy tensa, tienes que relajarte para disfrutar del

masaje —me dijo.

—Es que nunca me han dado un masaje —confesé yo.

—Bueno, ¡entonces es tu primera vez! Relájate y lo disfrutarás más —me aconsejó.

Sus manos eran muy suaves y no tardó mucho en hacerme cosquillas. Yo no paraba de reír y ella se unía a mi en las risas. Al final me fui calmando y su masaje fue relajándome. Efectivamente era muy placentero.

Cuando me di la vuelta, sus manos comenzaron a acariciarme el vientre y los costados, luego los muslos y la entrepierna. Camile era una experta masajista y noté cómo me miraba. Esta chica tenía la misma mirada de Desirée, ¡ya había aprendido a reconocer estos gestos!

Al terminar pasó René y comenzó a darle un masaje a él mientras nosotras seguíamos con la charla.

—¿Vives cerca?

—Si, soy del pueblo de más abajo. Me crie aquí.

—¡Uf pues hace mucho frío aquí! —me quejé yo.

—Si, todos los de fuera lo decís. Así las mujeres de aquí somos muy calentitas —me confesó riéndose.

—Eso no lo dudo Camile —tienes unas manos deliciosas.

—¿En serio?

—¡En serio! El masaje me ha encantado.

—Tal vez mañana pueda haber hueco para otro masaje para ti Claudine.

—Me encantaría disfrutar de él Camile, creo que sería muy buena contigo también.

—¿A si? —dijo ella confusa—. ¿En qué sentido?

—En el sentido que estás pensando —dije a modo de sugerencia.

Estaba detrás suyo mientras mi hijo permanecía tumbado y ella le daba el masaje, cuando mi mano se posó en la cara interior de su muslo y la acarició íntimamente.

—¡Uf Claudine, no se si podré esperar a mañana!

—Bueno, entonces podemos empezar hoy —repliqué mientras la giraba hacia mí y capturaba sus finos labios con los míos.

—Pero Claudine, ¿qué está su hijo delante?

—No te preocupes palomita, él sabe todo de mí y yo de él, no dirá ni

hará nada que tú no quieras —dije yo poniéndome en cuclillas y mirándola desde abajo le besé su monte de venus.

Camile gimió de placer cuando. tras bajarle el pantalón del uniforme, arrastrando sus braguitas color carne con él, mi lengua rozó su raja y lamió sus labios vaginales finamente depilados.

—¡Claudine, no sé qué decir! —dijo temblando ante mí.

—Pues entonces no digas nada.

Capturé su clítoris con mis labios y lo chupé dulcemente mientras mis manos acariciaban sus muslos desnudos.

Para más inri, mi hijo se sentó en la camilla y sus brazos se introdujeron por su blusa acariciando sus pechos desde atrás.

Acorralada como una cervatilla la joven Camile se rindió a nosotros.

La eché en la cama boca abajo y desde atrás lamí su raja de abajo a arriba terminado con mi lengua en su culo, la penetré por ambos orificios mientras le arrancaba gemidos de placer.

—¡Oh Claudine, es usted una experta! —admitió la chica que no paraba de retorcerse bajo la presión de mi lengua en sus puntos clave.

Entonces René le mostró su verga desnuda frente a su cara. Ésta se quedó embelesada mirándola y quiso negar con la cabeza cuando éste se la acercó a sus labios.

Ella negó y giró la cabeza de nuevo y René insistió buscando su boca.

—No sigas René, ¡si ella dice que no es no! —le corregí, así que René, contrariado se sentó en el taburete a mirarnos mientras nos amábamos.

En cierto modo me dio pena por él, pero no quería que Camile huyera como hizo Desirée, tenía que aprender esa lección. Y también me sentí observada por él mientras lamía la raja de Camile. Lo cual me excitó aún más.

Tendida en la camilla Camile me recibió entre sus muslos, nos besamos en los labios por primera vez, con el aroma del sexo en los míos me comió dulcemente la boca y nos restregamos nuestros sexos mutuamente. Labio contra labio.

La chica era muy caliente y dócil a mis deseos. Me senté en la camilla y conduje su cabecita entre mis muslos hasta que su hábil lengua se clavó en mi sexo, degustando mis jugos con avidez. Camile se mostró como una comedora insaciable y casi consiguió que me corriese al momento. Pero supe calmarla y disfrutar un poco más de nuestros juegos.

Cuando la chiquilla se estremeció en mi abrazo, estábamos las dos sentadas ella delante de mí, mientras yo la abrazaba y le penetraba suavemente su rajita sonrosada al tiempo que con un dedo libre le frotaba su botón secreto. Se estremeció sin más y largo rato estuvo entregada al éxtasis supremo hasta que despertó en mis brazos.

Nos besamos dulcemente y como si despertase de un sueño se dio cuenta que tenía más quehaceres con el resto de clientes de la casa así que nos pidió que nos vistiésemos y ella hizo lo mismo para salir en busca de la siguiente pareja.

Cuando creía que nos íbamos a despedir, nos llevó de la mano en mi caso hasta una pequeña habitación.

—Aquí hay una pequeña bañera que ya no se usa, podéis quedaros en ella el tiempo que queráis.

—¡Oh Camile muy amable!

—No hay de qué, sólo me gustaría despedirme de ti mañana otro ratito, ¿crees que podrías?

—¡Claro que sí dulce Camile! —le dije besándola en los labios.

Tras esto cerró la puerta y se despidió, saliendo en busca de la siguiente pareja. Espero que ya estuviese más relajada y no sintiese deseos de agasjarlos como hizo con nosotros.

22

La habitación era muy pequeña, casi claustrofóbica y sin ventanas, tal vez por eso había dejado de usarse. Abrí los grifos y llené la bañera para a continuación meternos dentro. El agua estaba super caliente cuando nos metimos.

René se introdujo por un lado y yo por el extremo contrario, ambos quedamos uno frente al otro, y con los pies tocándose a la altura de la rodilla ya que la bañera era como la que teníamos en casa y el largo no daba para que estuviésemos más amplios.

Así que en el silencio de la pequeña habitación pudimos relajarnos fuera del ajetreo del resto del hotel.

—Has testado genial con Camile madre, ¡me ha encantado veros! —me confesó René ya a solas.

—Aún no sé como ha pasado, sólo se que Camile me miraba de esa forma especial.

—¿Como Desirée? —preguntó René.

—Si, lo he sentido y al parecer por su reacción, hacía tiempo que no estaba con “otra amiga”. Porque se ha rendido en mis brazos.

—Yo creo que le has gustado desde el primer momento —me confesó René mientras estábamos metidos en el agua.

—Si, era muy dulce. Lástima que no haya querido que participes. Por un momento pensé que se iba a estropear el momento.

—Dímelo a mí, ha sido todo un fastidio la verdad.

—Para mi también René, te confieso que me apetecía verte follar con ella.

—¿En serio? Hubiese estado bien, los dos dándole placer, ¿verdad?

—¡Oh si René! Espero que al menos te haya gustado el espectáculo.

—Como ya te he dicho, ¡me ha encantado!

—Si te apetece puedes masturbarte, aquí nadie nos molestará.

—Ya, pero a ti no te importa, ¿verdad?

—No, además, te confieso que yo tampoco me he acabado después de lo de Camile, así que tal vez me una a ti y me acaricie bajo el agua —le confesé en la intimidad de aquella habitación—. ¿Te animas?

—Vale, lo haré —dijo René.

Al principio fue un poco tenso, le costó relajarse y confieso que a mí también, pero finalmente nos deshicimos de nuestros bañadores y bajo el agua nos acariciamos.

En silencio cerrábamos los ojos y de vez en cuando los abríamos y mirábamos lo que hacía el otro. Me parecía especialmente gracioso ver como su brazo se movía y creaba ondas simétricas en el agua mientras agitaba su verga bajo el agua.

—¡No me mires! —me decía si abrías los ojos y me descubría mirándolo.

—Y para donde quieres que mire si estás en frente —confesaba yo mientras me reía.

Entonces se me ocurrió un juego y sin consultarle le cogí su miembro ellos.

—¡Qué haces! —dijo escandalizado.

—Solo jugar, ¿me dejas que te la toque con los pies? —dije mientras ya los subía y bajaba mientras se la tocaba con las plantas.

—Bueno, juguemos un poco —claudicó.

Todo era muy excitante, todo muy pausado, allí, uno frente al otro, bajo una luz mortecina, masturbaba a René con mis pies, sintiendo su larga verga resbalando entre ellos. Cuando a traición, pienso yo, él me puso su dedo gordo en mi raja y comenzó a jugar con ella.

—¡Oye, no hagas eso! —protesté apartando su pie de mi intimo surco.

—¡Qué pasa! ¿Yo no puedo jugar?

—Bueno, está bien, pero ten cuidado con la uña no me hagas daño.

Ahora la que claudicaba era yo, sintiendo como con su dedo gordo del pie se paseaba por mi raja de arriba abajo y amenazaba con introducirse en ella.

El juego se había puesto muy peligroso y no tenía visos de terminar bien, pero como sentí algo de frío abrí el agua caliente y la temperatura de esta subió, haciendo que también subiese la excitación bajo ella.

—René, lo que me haces me está gustando —le confesé.

—A mí también —me confesó él.

—Es momento de decidir si paramos o seguimos y afrontamos las consecuencias.

—No por favor, ¡sigue!

Palmando con mi mano su dedo, lo coloqué a la entrada de mi sexo y

comencé a frotarme el clítoris por encima suyo. Mientras de vez en cuando tocaba mas abajo para sentir cómo éste me abría literalmente el coño con los dedos de sus pies.

Él por su parte cogió mis pies con sus manos y juntándolos me los subía y bajaba rítmicamente para masturbarse con ellos sin tocarse la verga.

El silencio era únicamente roto por nuestras respiraciones y los chapoteos de nuestros cuerpos agitándose en el agua. Fue todo muy casual, una cosa llevó a otra, el juego se fue perfeccionando y finalmente me corrí bajo el agua, estremeciéndome y agitándome mientras torcía el gesto.

René aceleró sus movimientos y también se corrió masturbándose con mis pies mientras yo me abandonaba a mi propio placer. Luego me arrepentiría de no haber estado más consciente en ese íntimo y precioso momento y verlo correrse frente a mí, pero no se puede tener todo en esta vida.

Tras corrernos me avisó que algo andaría flotando por ahí abajo, cosa que yo ya sabía y tampoco es que me importase mucho, pues no pensé que fuese especialmente zafio incluso me divirtió pensar en eso que flotaba en el agua.

Salimos de la bañera y me fijé en su larga verga que ahora colgaba morcillona, él también escrutó mi sexo, cada cual se deleitó curioso con el cuerpo del otro.

Tras secarnos nos vestimos y salimos a pasear por los parajes en torno al hotel. Estaba todo nevado y se veían los esquiadores bajar por las pistas en la estación de esquí alejados, pues había una garganta entre el hotel y las pistas.

Allí el día dura poco y el tiempo es muy inestable, por lo que cuando comenzó la ventisca nos volvimos al calor del salón del hotel, alimentado por una gran hoguera. Allí René me pidió un licor y bebimos juntos, ya no recuerdo cuantas copas tomamos, pero sé que se me quitó el frío cuando volvimos a la habitación esa noche.

Hicimos pis en el baño y nos dispusimos a meternos en la cama. Esa noche lo abracé, pues quería sentir su calor reconfortante.

—Qué bien lo hemos pasado hoy, ¿no crees? —le dije mientras me pegaba como una lapa a su espalda.

—Si, ha sido un día lleno de emociones. Oye, sobre lo ocurrido en la bañera, ¿también te ha gustado?

—¿Cómo no iba a hacerlo? Hemos disfrutado de una intimidad deliciosa gracias a Camile —dije yo.

René estaba pensativo y tal vez preocupado.

—¿Qué te ocurre, aún piensas en ello?

—No, bueno si, un poco —dijo él contradiciéndose.

—A ver, cuéntame, ¿qué te preocupa?

—No es que me preocupe nada madre, es sólo que me ha gustado y es raro.

—¡Perfecto entonces, a mi también! —le sonreí.

—Pues eso, que ha sido raro tenerte tan íntimamente. ¿Te confieso algo?

—Pues claro, ¡adelante! —le animé.

—Hoy cuando estabas con Camile, inclinada entre sus piernas mientras ella estaba sentada en la camilla disfrutando de tu lengua, te he visto desde atrás y me he fijado en tu sexo. Tu raja estaba abierta y juraría que una gran gota de lubricante amenazaba con caer desde ella resbalando por tus labios. Entonces he estado tentado de levantarme y...

La confesión de René me había dejado el corazón en un puño, quería que terminase la frase.

—¿Tentado a qué?

—Tentado a perder la cabeza, a levantarme y poner mi verga ahí, donde esa gota de lubricante amenazaba con caer y empujarla hasta el fondo.

Su confesión me dejó petrificada. Buscaba el momento exacto en que aquello ocurrió en mis recuerdos con el ansia de revivir el momento, pues a medida que me lo confesaba, una sensación muy poderosa crecía

dentro de mi y al confirmar su confesión, esta emoción poderosa se había apoderado de todo mi ser y buscaba ansiosamente en el recuerdo tratando de encontrar ese detalle perdido, ese momento exacto.

—¡Oh René, yo no sospechaba eso! —le confesé.

—Ahora no paro de preguntarme qué hubiese pasado de haberlo hecho.

—No lo sé René, te confieso que yo estoy tan confusa como tú, también pienso qué hubiese pasado de haberte levantado en ese momento...

Guía de personajes

- *Claudine: Madre 54 años. Morena pelo largo color castaño, grandes pechos, mujer muy alta, gran culo, esbelta, ojos oscuros, grandes pestañas mirada penetrante. Viuda desde hace dos años. Al morir su marido se entregó a obras de caridad, ligada a la iglesia de su comunidad, asiste en un comedor social a los sin techo y trabaja como limpiadora en el hogar de los novicios que se van a ordenar.*
- *René: Hijo de Claudine 36 años, pelo corto y negro, fuerte, va al gimnasio, sin trabajo desde hace dos años. Adicto al porno y a la masturbación, cada noche ve vídeos y no le importa ser escuchado por su madre, quien duerme en el cuarto de al lado. Se separó de su mujer hace un año y se fue a vivir con su madre desde entonces.*
- *Desirée: Ex de René, muy guapa, pelo largo acaracolado en las puntas, delgada, sensual, recatada, de apariencia tímida, pero nadie conoce sus oscuros deseos.*
- *Fabién: Padre de la comunidad. Joven, 26 años, atractivo.*
- *Dominique: Padre confesor de Fabién, 34 años, calvo, un poco rechoncho, con gafas de pasta y apariencia piadosa.*
- *Faustine: Rubia, gordita, amiga de Claudine, sólo unos años más joven que ella. Grandes pechos, pelo lacio, flequillo recto, sonrisa encantadora y carrillos prominentes.*
- *Nala, joven negra de la misión africana de la iglesia, pelo corto y enmarañado, pequeños pechos, largos pezones negros, cuerpo menudo.*
- *Alain: Joven, gordito, bondadoso, tímido, dulce.*
- *Camile: Masajista del hotel de spa que acompaña a René y su madre en su escapada a los Alpes. Delgada rubia, de ojos azules., con dos graciosos moños hechos con trenzas de su pelo.*